LA TAQUILLERA DEL METRO



MILAGROS HIDALGO

Novela corta de carácter costumbrista y ambientada en el Madrid de los años cincuenta.

Hacía justo cincuenta años que Madrid, el por entonces viejo y pequeño Madrid, estrenaba METRO y por ende, su primera línea.



Milagros Hidalgo

La taquillera del Metro

ePub r1.1
Titivillus 21.04.16

Título original: *La taquillera del Metro*
Milagros Hidalgo, 1970
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Eran las seis de la madrugada cuando Celi cerraba la puerta de su portal y se dirigía presurosa a su trabajo en el Metro. Estaba su vivienda próxima a Sol y la puerta que daba paso al personal de servicio que por allí entrara se encontraba ya abierta para los empleados que han de tomar los coches especiales para sus distintos servicios en la Compañía del Metro. Las demás puertas, hasta la señal de las seis y media, permanecían cerradas, con sus verjas echadas.

Bajó presurosa. En el cuarto de vestir recogió su uniforme y las cosas propias de su trabajo, se dirigió a la cabina del jefe, firmó, recogió el depósito y el saco y subió a su taquilla para ir comprobando la fecha de la máquina.

Esta comprobación la hizo recordar que este día era un «punto» muy señalado en su trabajo, en su vida y en su completa situación.

Comprobó que todo estaba en orden para empezar.

El micrófono dio la señal de «Abran taquillas». Los mozos corrieron las verjas y el público entró en tropel para no perder el primer coche.

Despachó esta «avalancha» de viajeros y luego quedó todo tranquilo hasta la hora natural de las prisas.

* * *

—Buenos días —dijo Angelina al pasar por la cabina donde Celi despachaba.

—¿Vas de servicio o te has dormido?

—No, no; es que tengo un «especial» en Argüelles.

—No te quejes, mujer; al menos no coges coche de personal y tienes de ventaja media horita de sueño; además, la estación es abrigadita y el público es cumplido y agradable.

—Sí, sí; pero salgo a las once y, lo que es peor, en el segundo turno se sale a las siete de la tarde. Dime, ¿qué hago yo a las siete de la tarde? Parece que no, pero de seis y media a siete…

—Pues de seis y media a siete hay media horita justita y cabalita —dijo Celi con guasa a la descontentadiza Angelina.

Un viajero pasó con imperioso ademán, dando golpes nerviosos sobre el cuadradillo de mármol.

—¡Venga! La conversación, para los presos. Basta de charla…

Celi despachó el billete y dio la vuelta de un duro, mientras con sonrisa burlona decía:

—¡Pobre hombre! A ese se le indigesta madrugar y lo lleva peor que tú, Angelina.

Mientras, el gruñón se alejaba…

—Vaya, guasona, ¡hasta luego! ¿Por qué no vas a buscarme esta tarde y nos venimos hacia aquí dando un paseo? A ti te da lugar en lo que yo hago la cuenta. Como salgo esa media hora más tarde que tú…

—Bueno, sí, espérame.

—Adiós, chiquilla, buen servicio.

Se alejó su compañera y Celi quedó en aquella cabina ordenando sus «cosas».

Los viajeros se sucedían unos a otros, amables algunos, tal vez los menos, imperiosos y groseros. Ella era para todos (salvo excepciones) «una máquina» que se utiliza a diario en la tarea humana en que el mundo ha de regirse para subsistir.

Era curioso lo mal que les sentaba a la mayoría de las personas el madrugar. Se daba el caso de que los «fijos», los de diario, pedían el billete con gesto desabrido y de mal humor y a la vuelta del mediodía, en la segunda jornada de trabajo, sus semblantes tenían una expresión más jovial.

Indudablemente el madrugar es muy sano, pero Celi, desde su ventanilla, observaba que suele ser malo para el cuerpo y para el alma. A ella apenas le afectaba. Eran ya muchos años madrugando. ¿Cuántos?… ¿Catorce, quince?… No, no lo podía recordar con exactitud, porque ella entró en el turno de madrugada después de llevar trasnochando varios años antes. Hoy estos tumos los ocupan los caballeros mutilados, después de haber pasado la guerra civil española.

Aquí se va la vida a una velocidad de vértigo. Las horas, los días y los años se suceden unos a otros con una monotonía abrumadora.

Parecía que era ayer, pensaba Celi, cuando hizo el

ingreso. Enfrascada en sus pensamientos se vio…, más joven, llegar a las oficinas donde la reconocieron, la examinaron y después de algunos trámites y ligeras instrucciones le dieron un uniforme y dos cuellos blancos.

Empezó a prestar servicio en la estación de Sol. ¡Cómo la piropeaban! Era bonita y ella lo sabía. Casi le molestaba este don aquí en este empleo. En más de un apuro se vio por ello. Gracias a su proceder los «moscones» fueron perdiendo su aire malsano y sólo quedaron los eternos admiradores que dicen con el saludo un chicoleo gracioso y son atentos al pasar dando su billete. Celi saludaba a su gentileza y contestaba con gracia.

Como es natural, entró de «revisora». Al tomar servicio una mañana recibió una nota que le notificaba se presentase en las oficinas a la mayor urgencia.

Llegó allí con el alma llena de zozobra y dudas…

Una interjección le hizo despertar de sus recuerdos:

—¡Eh, oiga! ¿Está dormida?

—¡Sí, precioso, y soñando con usted! ¡Es usted tan bonito!… ¡Bueno, de bonito nada; si acaso, besugo y gracias!, —se hizo esta reflexión Celi, callándose las ganas de decírselo al brusco y desconsiderado viajero.

Todos los que seguían corearon con risas la primera parte de este diálogo que, sobre poco más o menos, sucedía casi a diario. Era este viajero un individuo de mal genio, siempre tenía que decir algo de mal gusto, y Celi le contestaba con espontáneas gracias, porque no podía negar que era de esta bendita tierra madrileña y el genio de su gracia salía fresco, como el manantial, en chorros de alegría y salero.

Continuó despachando, sin apreciar en ningún sentido aquel incidente. Estos y otros parecidos casos sucedían a diario como norma corriente. El verdadero sentido en este trabajo público está en no perder el control ante un insulto o una grosería y nivelar los medios con el sentido común para cada caso.

A sus oídos llegaban en continua confusión el trepidar de los trenes, el silbido de sus sirenas al arrancar. Entonces una corriente de aire insano hacía revolotear los papeles que

tuviera encima del tablero que sujetaba la máquina billetera.

Ella, poco a poco, volvió a la inconsciencia de sus pensamientos. La obligaba a ello la fecha de aquel día que evocaba en sus sentidos con imperioso deseo. Era todo un pasado de este vivir, desde el momento que le entregaron aquel uniforme oscuro y aquellos cuellos lisos sin expresión de gracia.

Ella los transformó en seguida, guiada por la coquetería de los demás, y el uniforme aquel se trocó en el pan de cada día. Por esto recordaba con la angustia que llegó a las oficinas para saber por qué había sido llamada.

Al llegar presentó la nota, y le habían dicho:

—Señorita, usted no puede prestar servicio en la Compañía por ser casada.

—Pero esto no puede ser, señor. Yo me examiné siendo soltera, y luego, al casarme y llamarme, no he negado mi situación actual.

—Al parecer no se dieron cuenta, y al repasar su expediente han comprobado su situación, y queda usted suspendida, en expectación de nuevo estudio de su caso.

—¡Dios mío, qué voy a hacer ahora! —se decía pensativa y abrumada por la Gran Vía, cuando oyó que le llamaban chisteando… Volvió la cabeza y vio a un viajero que, en el poco tiempo que había trabajado en la empresa, al pasar por la revisión se mostraba cortés y educado.

—Señorita, ¿le sucede algo? —preguntó galante el caballero—. Me pareció…

Entonces ella rompió en un ahogado sollozo y, sin poderse contener, expresó su contrariedad. En un ansia de espantosa desesperación contó a aquel hombre su tragedia.

A veces el alma necesita solazarse en el dolor que siente. Y en su pobre ser maltrecho Celi necesitaba de esta satisfacción. En el balance de sus pensamientos… recordó cómo él, con delicadas maneras, la retiró de la aglomeración para poder recoger su congoja.

—Soy casada, sabe usted, y tengo un niño. Mi madre lo cuida y lo atiende mientras yo trabajo. Siendo soltera me examiné para ingresar en el «Metro». Como tardaran en

llamarme y tenía novio y lo amaba me casé.

—¡Pero si es usted muy joven! —dijo con asombrado sentido el buen señor.

—No lo crea, acabo de cumplir los veinte años. Tuve mi hijo al año justo de casarme.

—Pero su esposo, ¿qué dice, qué piensa? —expresó el hombre, ya de veras interesado, mirando a la chiquilla. No podía concebir una traición ni tampoco un abandono.

—Mi esposo no puede decir ni pensar nada, está enfermo. Tuvo que ser recluido en un sanatorio a los nueve meses de nuestro matrimonio. Algunas contrariedades en los negocios trastornaron su ya débil cerebro. Yo sabía algo de su mal, que era de todos sus familiares ignorado. No pensé ni por lo más remoto que pudiera repetirse. Por esto creía al principio que con tacto y cuidados él volvería a su natural lucidez. Nació en él un imperioso deseo de engrandecerse para ofrecerme más y… con esta obsesionante lucha… yo misma lo llevé al sanatorio. Es un centro de medio coste que paga su familia, porque yo me quedé sin recursos. No es que fuera mucho mi empleo, pero con lo que yo cosiera en los ratos libres tenía la seguridad de salir a flote; tengo la ventaja de que mi buena madre atiende todos los quehaceres de la casa. ¿Comprende usted, señor…?

—Llámeme Roberto.

—Pues bien, don Roberto, perdone mi ataque a sus buenos sentimientos —dijo Celi esbozando una amarga sonrisa y levantando los ojos para mirar de frente al caballero.

Por un momento quedaron mirándose y descubrieron ambos que sus miradas carecían de malicia. La mirada de ella sólo decía pena y dolor; la mirada de él respiraba compasión y nobleza. La cogió sus manos y la dijo con calmosa dulzura:

—Estimada señora, tiene usted todos mis respetos y mi ayuda leal. ¿Quiere usted confiarse de mí?…

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza, sin dejar de mirarle. La emoción no la hubiera permitido decir palabra.

—Va usted a escribir una carta explicando en ella todo lo que a mí me ha referido; yo le daré el curso debido. Tengo

amigos que harán buen uso de su carta, a fin de que pueda reintegrarse en el Metro, si es esto lo que ha de solucionar su vida. Mire, la deja aquí, al encargado de este bar —añadió, señalando la fachada delante de la cual se encontraban—. Levante el ánimo, mujer; tal vez haga yo de «hado» bueno y ponga en su dura vida el modesto granito de arena que necesita. Ponga en el sobre: «Para don Roberto»…

Con una sonrisa y un apretón de manos se alejó de Celi.

Celi quedó perpleja unos instantes, parada y semiinconsciente. Levantó la cabeza y se fijó en el bar que el caballero le había indicado. En la fachada, sobre la puerta, un flameante rótulo, pintado sin mucha estética, eso sí, muy visible, dando nombre al establecimiento, ponía: «Bar la Telefónica». Empezó a caminar maquinalmente. Un tumulto de ideas se entremezclaban en su cabeza entre dudas y esperanzas.

Había algo en aquel caballero que la hacía creer y esperaren bondades. Al confiarse a él no se fijó en que era joven y bonita. Fue sin recelos, espontánea su explicación, sin matices de dudas…

Cruzó la Gran Vía; con paso resuelto se dirigió a su vivienda, situada en la calle de Esparteros. En una modesta morada la esperaban su madre y su hijito.

Dio un beso en la frente a su madre, preguntó por el niño y al no verlo interrogó con un poco de preocupación.

Su madre, saliendo al paso de su inquietud, la dijo:

—No está, se lo llevó doña Nati al Retiro; aún no han vuelto.

Doña Nati era una vecina que vivía enfrente. Era un matrimonio sin hijos y estaba entusiasmado con Luisín. Lo tenían tan consentido y mimado que, sin querer, más de una vez despertaban los «celillos» de la abuela, que quejosa decía a su hija:

—Hija, nos va a perder el cariño a nosotras. Estos señores lo consienten tanto y quieren de manera tan exagerada, que terminarán por acapararle del todo…

Por un momento participó de los recelos de la anciana señora, luchó su instinto maternal entre el agradecimiento y

el temor. Un cosquilleo raro la subió a la mente arañando su sentimiento maternal. ¡Su hijito, lo único bueno de su ilusión! No, no podría compartir su cariño con nadie. ¡Cómo le quería, Dios del Cielo!

De pronto oyó risas en la escalera y perdió su abstracción para abrir la puerta y recoger en sus brazos el cuerpecito débil que llegaba jadeante tras la carrera iniciada en el pasillo, jugueteando con la vecina, que también corría detrás para cogerlo, temiendo un tropezón del travieso, chiquitín. La madre, en ademán inconsciente, lo abrazó, y el niño, cariñoso, se refugió en su regazo como si le siguieran una legión de demonios.

—¡Mamá, mamá! Nati no me ha cogido. Corro yo más, mucho más…

—Sí, mi cielo. Mi niño es ya un hombrecito grande y fuertote. ¿Me quieres, solete mío? —dijo llena de emoción y alegría al apretarlo sobre su corazón.

—Sí, mamá, te quiero mucho, un mucho así de grande —y señalaba con sus manitas desde la altura en que se hallaba en los brazos de su madre, al suelo.

Era un niño precioso de pelo negro y ojos grandes y vivaces. Lo que más agraciaba su carita redonda era la perenne alegría que había en él. Siempre travieso y juguetón, como si Dios compensase en esa alegría infantil la falta del padre enfermo.

Seguía recordando Celi en su taquilla estos detalles en esta fecha por estar relacionados con aquella pequeña tragedia que sufrió en su casi reciente ingreso. Hoy estaba segura en su empleo; aquel puesto que defendiera con aquella carta…

Un «buenos días, señorita» la sacó de su abstracción.

—Buenos días, don Roque. ¿Ya para la oficina?

—Sí, señorita Celi. Tenga un caramelito para su pequeño. —Y arrojó sobre la máquina un puñado de caramelos.

—Pero, don Roque, que mi hijo ya tiene dieciocho años.

—Sí, hija, pero yo quiero que sea siempre niño, porque, si no, ¿con qué pretexto le voy a traer a la madre unos caramelitos, eh? Dígame usted, Celi.

—Bueno, pues para mi Luisillo. Este de chocolate para mí. Hoy me lo comeré a su salud.

—Gracias Celita. Es usted muy buena. ¡Y pensar que hace unos años si usted hubiera querido!…

—Vamos, don Roque, que se le hace tarde para la oficina.

—Sí, sí; hasta mañana hijita, hasta mañana, adiós.

Y se fue lento… como si al marcharse se dejara siempre algo por decir que al pensarlo le halagara.

Era un anciano pulcro y gallardo, bondadoso y educado. Se decía que era un gran accionista de la Compañía, mas él, a pesar de tener su *pase*, le gustaba hacer de viajero. Hubo un tiempo en que discretamente asedió a Celi, creyéndola libre. Ella llanamente le contó su *verdad*, la verdad de su situación a grandes rasgos. Él, con caballeroso gesto se replegó en su intencionada propuesta y le preguntó:

—¿Puedo hacer algo por él, por usted o por el niño?

—¡Oh, no! Gracias, don Roque, Dios se lo pague… Es usted todo un caballero.

Esta escena se la hacía recordar siempre que le veía pasar. Desde entonces nunca le faltaron los caramelos a Luisín.

—¡Eh, Celi, que ha pasado don Roque!… —oyó que le decían las compañeras de revisión.

Se volvió y, sacando la mano por la ventanilla, les arrojó un puñado de caramelos. Hubo risas y protestas, con el natural regocijo de Celi, que reía al ver a sus compañeras salir en algarabía a recoger las golosinas, mientras una parte del público protestaba por no *picar* su billete y otros coreaban con risas la revuelta que se armó en un segundo.

Fue un momento *afortunado*. Así que todo quedó en calma llegó la inspectora.

Aún le bailaban a Celi los ojos de regocijo cuando la inspectora le preguntó con sencillez:

—¿Alguna novedad, señorita?…

—Nada, señora. Todo está en calma y tranquilo como ve. Sólo necesitamos que pasen las horas que faltan para llegar a casa —dijo Celi con naturalidad, dando a su tono la gracia peculiarmente suya para cada momento y circunstancia.

—Bien, bien. Adiós.

Así que desapareció la inspectora, Celi volvió la cabeza para guiñar un ojo a sus compañeras con un significativo gesto que quería decir: *De buenas nos hemos librado*.

Quedó todo otra vez en relativa calma. Pasaban los viajeros con normal frecuencia, sucediéndose unos a otros, como una máquina o metrónomo en desigual compás.

A Celi, siempre dispuesta a forjar castillos en su fantasía, le parecía su taquilla un bonito «guiñol» de dentro a fuera, donde las marionetas se sucedían unas a otras con pasmosa y continuada marcha.

Llegó a la taquilla una joven ciega y Celi, cogiendo el billete de la boquilla de la máquina, se lo puso en la mano a la pobre joven con un «buenos días» cariñoso.

Un militar, con su flamante y abigarrado uniforme… Un sacerdote, con aquella humildad característica de los de antaño… Un pintor… con su bohemia típica: barba, melenas, sombrero de anchas alas semicaídas y chalina por corbata… El soldadito recién llegado del pueblo al que el uniforme le venía estrecho o ancho por todos lados, pero que él se consideraba como un general porque llevaba unas franjas rojas, flamantes, en el pantalón… Monjas de San Vicente de Paúl, con aquellas tocas tan anchas que, para pasar, tenían que doblar la cabeza por todas partes, con gracia habitual… El caballero erguido que parecía le venía estrecho el Metro… Los estudiantes… Gente de negocios venidos a la capital a resolver papeleos… Esto del papeleo es cosa que se ha estilado desde hace tiempo… En fin, personajes indefinidos a los que solamente podría dar valor la fantasía de una instructora de marionetas en un guiñol humano se sucedían sin cesar un día y otro…

Mientras las *marionetas* pasaban ante la taquilla y seguían su paso por la vida, Celi volvió a recordar aquel pasado, tan suyo, y se vio de nuevo ante la mesa de su casa escribiendo aquella carta…

Había dejado a su hijo en el suelo y con gesto de gratitud a doña Nati, que aún jadeaba a consecuencia de la carrera a la que la había sometido el chiquillo, con un *Ustedes perdonen, tengo que hacer*, se metió en su cuarto, dejando para

su madre y la vecina las gracias del travieso Luisillo.

Tenía una habitación pequeña y alegre. Era la propia para un alma sencilla como la de ella, en la que bullían aún imágenes reveladoras de ilusiones truncadas que se debatían en su interior como pajarillos prisioneros en una jaula.

El lecho nupcial había sido retirado, porque no podía soportar la visión latente de su desventura. Hoy, todavía, al repasar sus recuerdos, se estremecía sumergida en sensaciones de dolor y abstinencia. Los primeros días de su matrimonio habían sido de felicidad sin límites, llenos de deslumbramientos íntimos, sabrosas ternuras… Más tarde… las exaltaciones febriles del mozo en tensión enajenada que le atraían y atemorizaban… Ella, con íntima satisfacción, había sabido calmarle con ruegos y llantos. Él, como un niño, se dejaba calmar y reducir, quedando con la conciencia de haber sido malo… Estas alteraciones de calma y reacción súbita por cualquier cosa, por un quítame las pajas, fueron las que le hicieron poner en guardia.

Se emprendía una lucha de desiguales deseos. Él la miraba entonces con miedo, porque al tocarla la hería…

Ella le quería y deseaba en la entrega hacerle un bien, un bien que era el tormento de una angustia.

Una razón pobre que se había perdido en una legión de ensueños fantásticos y quimeras de portentoso artificio: *él llegaría lejos y la daría un mundo de riquezas sin fin*… Si las perturbaciones no hubieran sido frecuentes y con exaltaciones de ánimo, ella no se hubiera quejado; mas hubo que consultar al médico, y éste, que tenía nociones de anteriores trastornos, lo calificó de *peligroso*. Peligroso él, ¡Dios mío!, si era dócil como un niño. Ella había argumentado…, había pedido…, mas el doctor le predijo las luchas íntimas que tendría que sostener. En realidad ya habían sido sostenidas. Abrumada por la imperiosa realidad, tuvo que bajar la cabeza y asentir. En junta de familia se acordó recluirlo en un sanatorio. Eso sí, ella había reclamado el derecho de ingresarlo cuando en un lapso tranquilo pudiera hacerlo sin que a él le produjese extravío ni recelos. Y así fue como un día… con todo el dolor de mujer y el

corazón lacerado se dejó entre aquellos recios muros al hombre que el Destino había puesto en su camino, en su amor de mujer. Amor que perdía sin injurias ni muerte.

Por esto, pasado el tiempo, perdida toda ilusión y esperanza de curación, ya que el mal había de seguir el proceso de un estudio lento y penoso, retiró aquel lecho que suscitaba en su interior encontradas sensaciones de gratos recuerdos y dolorosos sentimientos. La cama que sustituyó a la nupcial fue lo suficientemente ancha para ella y su Luisín. De esta forma su corazón, lleno de ansia y de ternura, encontró un bálsamo en el amor del niño al que adoraba y que hacía que siempre llegara a tiempo de arroparle y en amorosa caricia, con voz emocionada de gratos ensueños y cálidos tonos, arrullar el sueño del chiquitín de su alma de ésta o parecida manera:

Duerme, mi niño querido,
duerme, lucero del alma…
Duerme tranquilo y sereno,
que yo te canto la nana.
Luz que alumbras mi existencia
con orgullo y esplendor,
por ti tengo yo paciencia
para sufrir mi dolor.
Duerme, mi niño adorado…,
duerme y alegra mi vida,
que en este querer tan fuerte
sólo cabe tu alegría.
Duerme…, que vela tu sueño
quien te ayudó a existir.
Descansa tranquilo y firme,
que yo vivo para ti.

El niño no oía nunca los últimos versos del cantar de su madre. Con una sonrisita y sereno semblante quedaba soñando… cosas bellas… que la imaginación de los niños sanos saben forjar en sus sueños de gloria… Dios mío, ¿qué cosas serán las que los niños suenan que les hace sonreír?… Si nos fuera dado penetrar en ese secreto… Mas es un sueño

que nadie ha podido interpretar ni descifrar. Sólo Dios sabe y conoce sus secretos y su Ángel de la Guarda. Cuando el chiquitín se había dormido la madre se retiraba cautelosamente para seguir todavía trabajando…, cosiendo unas horas en la prenda que tuviera de encargo de más premura.

En estos momentos venía a la imaginación de Celi, también como unos metros de celuloide grabados en su mente, la entrada que hizo aquel día en su cuartito. Es que la vida tiene a veces retazos de nuestra existencia que, de tan profundos, se quedan impresos por tiempo indefinido. Al entrar no había visto en su habitación, mejor dicho, no se había dado cuenta de la alegría que se desprendía de un rayo de sol que entraba por la ventana radiante, cubría con brillantes reflejos todo cuanto había, iluminándolo con distintos colores o efectos de una lámpara con cristales en forma de prisma por fleco largo, transparentes y tornasolados. El canario la había recibido con alegre gorjeo y nervioso saltar… Mas ella llevaba la preocupación de la carta. Aquella carta que había de escribir con acierto y tesón. Y miró al crucifijo que tenía a la cabecera de la cama para invocar acierto y consejo, a fin de lograr lo que había de convenirles tanto a ella como a los suyos.

Sólo Dios sabe cómo escribió aquella carta y el afán que tenía por depositarla en manos de aquel encargado del bar que le había recomendado don Roberto. Así que la hubo terminado salió apresuradamente de su casa sin decir más que: «En seguida vengo».

Más que corriendo volando, bajando de dos en dos los escalones por la escalera, en un periquete llegó al bar, entregó su *preocupación*, su preocupado *empeño* y salió jadeante. Al cruzar el dintel de la puerta dio un hondo suspiro, sintiéndose desahogada y como si se hubiera quitado un peso de encima. Algo más tranquila, susurró para sus adentros que fuera lo que Dios dispusiera.

Al llegar a su casa su madre la hizo una interrogación muda con los ojos. Tenía esta santa mujer la costumbre de callar. Madre e hija procuraban evitarse los padecimientos de

tácito acuerdo. Sufrían tanto, que cada una sufría lo suyo en silencio para no hacer sufrir más a la otra. Tenía ésta en sus brazos al niño y le besaba quedamente mientras le colocaba unos zapatitos que el niño, juguetón, se quitaba. Comprendiendo la mirada significativa de su madre, trató de tranquilizarla, diciéndole:

—No es nada malo, madre. Los quince días que he trabajado han sido de prueba. He tenido que llevar a las oficinas el resumen de mi trabajo. Ahora todo está en esperar a ver cuándo me llaman.

Tenía cierta amargura el tono de su voz al decir esta mentira que terminaba en una verdad real.

—¡Vaya por Dios, hijita, qué contrariedad!… En fin, mi niña, no te preocupes. Dios aprieta, pero no ahoga. Ya verás cómo un día se cansa de probarnos y cambian las cosas.

Celi miró a su madre con arrobadora ternura. Ahogando un suspiro, no pudo menos que abrazarla y darle un beso. Mentalmente elevó una plegaria de acción de gracias al Dios bueno que en medio de tantas tribulaciones le proporcionaba el consuelo de esta madre magnífica, resignada y cariñosa. ¡Cuánto se merecía aquella *viejita* de carita limpia y brillante! Aún se conservaba con cutis fresco, aunque ya le sombreaban algunas arrugas. ¡Dios santo! ¡Cuánto haría por ella!

Dejando de divagar, se había puesto a coser, a fin de sacar algún provecho en aquel día. Al día siguiente iría a ver a su querido enfermo. ¡Qué mala suerte, Dios mío! No pudo evitar que unas lágrimas silenciosas resbalaran per sus mejillas llegando a mojar levemente la tela que cosía. No quería sufrir… Se imponía a su jovial carácter este normal empeño. Por esto secó sus lágrimas y dijo a su madre en un arranque de rebeldía que rebatía su pesar.

—Madre, pon la radio.

—Pero, hija, ¡no sé cómo tienes ganas de músicas con lo que tenemos en el cuerpo y en el alma!

«Así terminó aquel día», se decía Celi en la taquilla donde trabajaba y recordaba aquel amargo ayer.

En esto llegó una viajera con dos niñas que la sacaron de su abstracción. La mayorcita sacaba el billete, la chiquitína

pataleaba porque ella también quería sacar su billete. Entonces Celi, cortando un trocito de rollo en blanco y simulando lo sacaba como billete de la máquina se lo dio a la niña, que, agradecida, pagaba con una sonrisa y un beso la solicitud y rasgo comprensivo de la taquillera. La madre también agradeció efusivamente este gesto noble y complaciente de quien en medio de una tarea desagradable a veces se mostraba tan humana.

No faltaba en estos momentos el *protestón* que renegaba de que hubiera niños en el mundo e invocaba a Herodes en su interior. De esta manera, con escenas de éstas o parecidas, se iba pasando la mañana, que era la que para todos los empleados constituía el primer turno.

A Celi, a pesar de su instinto soñador, le gustaba su trabajo. Como era alegre lo sobrellevaba con buen humor, porque, como solía decir, era más duro coser hasta las tantas de la noche, que ir a la taquilla. Ella, que en el transcurso de los años había probado de todo, sabía a qué atenerse.

Y hacía quince años hoy precisamente que recibió la nota en la que se daba contestación a *su carta*. ¡Con qué ansia firmó el *recibí*! Un empleado de la Compañía había llevado el aviso. Tenía que presentarse de nueve a doce de la mañana. ¡Las veces que miró el relojito!… Su madre, al verla tan impaciente, le había dicho:

—Hija, ¡parece que te va en ello la salvación de tu alma!

—No, mamá, no es eso precisamente, pero sí la salvación de los *gabrieles* que hemos de meter en el cuerpo.

—Pues mira, mi niña; tú, si es algo desagradable, no te apures, que ya saldremos adelante. ¡Tiene tu madre salero para buscar casas donde ir a coser para traer alguna ayudita!, —y la pobre señora lo decía con un arranque y decisión como si ya lo tuviera que poner en práctica.

La hija besó a su madre varias veces, diciéndola:

—Madrecita, tú limítate a rezar y pide a Dios que nos dé lo que más nos convenga, que tú ya tienes bastante con el diablillo de tu nieto.

Recordó que si había de ir donde la citaban, que también ella tenía que rezar, y cogió el velo para, de paso, entrar en la

iglesia.

Entró en el Carmen. El templo estaba abarrotado de fieles devotos oyendo la santa misa. A ella no le quedaba tiempo para oírla y se posó ante Jesús crucificado, bálsamo de todos los que sufren, ya que Él nos mostró el camino de la Cruz. En su alma y en sus labios había un ruego y también un reproche. No podía evitarlo. Siempre que elevaba su corazón a Dios, en su subconsciente quedaba el reproche de su desventura, si bien nunca salió a flor de labios, porque le imponía verse ante Jesús del Gran Poder… Sabía que era el Ser Supremo sobre todas las cosas… Y el reproche, si es que en realidad merece llamarse así, en el fondo, semiinconsciente, parecía querer gritar: «¿Por qué hiciste esto conmigo?… ¿Por qué?… Tú, Señor, que sabes cuánto amor hay en mi alma… Tú, que sabes lo enamorada que estaba de mi maridito, de mi amor querido…, ¿me mandas esta cruz?… Dios mío, si al menos pudiera tenerlo conmigo… Si fuera otra su enfermedad yo hubiera podido disfrutar de todo el amor que, Señor, con esta cruz cortaste de raíz». Después se asustaba de estos pensamientos internos y sentimientos contradictorios y, temiendo ante Dios el castigo de su rebeldía, pedía perdón, rezaba y suplicaba.

Más calmada, después de estos excesos en que se debatía su alma, rogó para que se le arreglara *aquello* de entrar en el Metro, si les convenía a los tres. Se santiguó y salió triste del templo. Iba como autómata por la acera, sin darse cuenta de que ya la muchedumbre invadía las calles acudiendo a su trabajo. El salpicar del agua de una manga de riego con la que unos empleados limpiaban las calles la sacó de su inconsciencia. Poco a poco fue serenándose su espíritu y la alegría de la que estaba revestido su carácter se impuso en su carita morena. Cuando llegó a las oficinas estaba tranquila.

El mismo empleado que la recibiera días antes salió a su encuentro y con una sonrisa de comprensión, ante la mirada ansiosa de Celi, le dijo jovialmente:

—Señorita, mañana preséntese a la inspectora con su uniforme y pase a prestar servicio en la Compañía.

—Y hoy… ¿no podría trabajar? —dijo semiasustada Celi,

pensando tocar con las manos, cuanto antes mejor, lo que ella consideraba era su fortuna.

—Si le da a usted igual, señorita… Le han de abonar cuanto perdió por los días que haya faltado… Desde este momento pertenece usted ya a la plantilla que compone el personal fijo de la Compañía.

—Pero esto ¿cómo pudo ser?… ¿Es acaso un milagro?… —añadió entre dudas y voz entrecortada por la emoción.

—No, no hubo tal milagro, señorita. Lo que pasó es que al recibir su carta con la nota adjunta del señor abogado, en la que hacía ver a la empresa que habían *dentro* ya, desde hacía tiempo, más de cuarenta y cinco señoritas *casadas*… Unas se habían casado en secreto, otras no, porque no había entonces ninguna ley que lo prohibiera… La empresa ha estudiado el caso y ha visto que se le había hecho una injusticia…

—Bueno, ¡qué se le va a hacer!… Fue una contrariedad de mala suerte… —replicó Celi con alegre sonrisa, reponiéndose.

A lo que añadió el empleado:

—Sí, señorita; que se le compensa, sin preocupaciones, ya que le dan su puesto *fijo*, hasta que usted se quiera ir, si alguna vez lo desea. Eso ya será cosa suya.

Celi dio las gracias al empleado y se fue corriendo a casa para dar a su madre la grata nueva. No se dio cuenta de cómo bajó las escaleras de la oficina… En su paroxismo y grata exaltación la vida ya le pareció más agradable y claro su destino. No es que fuera gran cosa, mas era un sueldo *fijo*, una cosa segura. Además, cosiendo mientras pudiera, en las horas intermedias de su trabajo, podrían ahorrar algunas cosillas para los tiempos malos, si llegaban. Estas ilusiones le hacían ver las cosas y cuanto veía a su paso más bello y bonito que hasta ahora. Llevaba alegría para repartir a manos llenas. Y si era alegre en la pena, no hay que decir que ahora la alegría natural en ella se le desbordaba. Al llegar al portal de su casa entró cantando… Subió la escalera de prisa, como si temiera no llegar a tiempo o se le escapara antes la necesidad de hablar.

Aún no había llegado al rellano último cuando su madre

ya había abierto la puerta. La señora, que acechaba siempre la llegada de su hija, parecía que presintiera algo amargo y decisivo en la preocupación que había advertido antes en su hija. Por esto su pregunta fue lógicamente ansiada por Celi y temerosa en la buena señora.

—Hijita, ¿se arregló todo?…

Celi cogió a su madre por la cintura, elevándola, obligándole a dar con ella unas vueltas llena de jubilosa alegría. Abrazándola y estrujándola le decía:

—Mamita, ¡ya tenemos empleo! Pero fijo, ¿sabes?, fijo.

Y sin preocupación alguna contó a su madre todo lo ocurrido desde el principio hasta la intervención del «hado» bueno que encontró casualmente en su camino.

—¿Y no le conoces, hija?… —preguntó la madre a la *avisada* mirando la carita alegre de su hija.

—No, no le conozco más que de verle pasar por la taquilla.

—Bueno, bien, hijita; en esta ocasión ha demostrado ser un hombre bueno y humano. Dios se lo premie. —Y para desechar una inoportuna idea que quería metérsele en la cabeza, la buena de la madre explayó—: Sí, hijita, sí; también hay caballeros por el mundo.

A la pobre señora no le cabía en la imaginación que tan desinteresadamente procediera aquel caballero, mas, como conocía a su hija y sabía que no era capaz de mentirle ni ocultarle nada, desechó todo inoportuno pensamiento y en su interior rogó por aquel señor que daba muestra de que ciertamente aún quedaban caballeros por el mundo.

Celi entró en su habitación a ver a su hijito. Estaba todavía sobre la cama jugando. La abuela le había traído el desayuno, compuesto de cacao con leche y galletas. No había que preguntar al niño qué había desayunado. Por todas partes quedaban muestras del apetitoso banquete infantil. La carita del niño parecía un precioso y tricolor *anuncio*. La premura con que la abuela quiso salir al paso de su hija, descuidando al chiquitín, originó aquel desastre. Celi llamó a su madre y juntas, a risotadas, festejaron la gracia que les hacía el pequeño viéndole así, manchado por todos lados.

Este recuerdo hacía reír a Celi todavía hoy, en su taquilla, y se decía para sus adentros. «¡Cómo estaba, Dios mío! ¡Si hubo que pintar paredes y todo!».

¡Qué lejos estaba ya todo aquello!… A pesar de haber transcurrido más de quince años, a ella le parecía que era ayer… ¡Cuántas cosas habían transcurrido desde entonces!… ¡Cuántos recuerdos!… Una guerra… Una viajera la sacó de su ensimismamiento.

—Señorita, ¡que le he dado un duro! —dijo una mujer de mediana edad y, por sus ademanes, dispuesta a la gresca.

—Perdone, no me di cuenta.

—Claro… Si estuviera en lo que está…, sino que parece que está ensoñando… y, luego, ¡nunca se dan cuenta!…

Esta falsa insinuación hizo enrojecer a Celi, que contestó a tono a la descarada mujer:

—Visto, está, señora, que con esa cara usted no puede soñar, ni aun despierta ni dormida. Para eso hay que tener salero…

Este diálogo se hubiera hecho interminable si no hubiera intervenido el mozo haciendo a la señora seguir su camino. Acto seguido se acercó a la cabina y preguntó a Celi sobre el *caso*, a lo que ella le contestó:

—Aquí tenía la vuelta…, ya lo ves. Ya le pedí perdón. El caso es que cuando ellas se equivocan, ¿a quién recurrimos nosotras?… En fin, ya pasó. No tiene importancia. Son *gajes del oficio!*…

El mozo se alejó diciendo:

—Eso, eso… Las hay que van a propósito…, a sacar la vuelta del duro que no han dado… Y se aprovechan…

De pronto los ojos de Celi se iluminaron al reconocer al viajero que llegaba. Como todas las mañanas, era puntualísimo don Roberto. Con su sonrisa y con el mismo respeto de siempre se acercó y preguntó:

—¿Qué tal, señorita Celi? ¿Su mamá y el niño siguen bien?… ¿Le gusta su trabajo?… ¿Sigue estudiando?…

—Sí, sí, gracias, don Roberto; todo va bien.

También se notaba en este buen hombre el paso del tiempo. Hacía quince años que le había conocido, tal día

como hoy; su pelo delataba, igual que su madurez, unos cincuenta años bien conservados. Se retiró discretamente hacia un lado mientras el público seguía pasando por delante de la taquilla.

—Y su esposo, ¿cómo sigue?… —prosiguió.

—Está peor. Parece ser que los tratamientos a los que le sometieron son fuertes. El doctor que usted recomendó se ha tomado gran interés. Como el corazón parece ser que responde, está sometiéndole a varias pruebas y a experiencias nuevas. Tal vez no se consiga nada, por estar los organismos débiles. La pasada guerra perjudicó mucho su curación. Según su criterio, para el poder divino no hay nada imposible, y parece le encuentra mejorado de salud. A mí me parece que sigue sin adelantar nada…, aunque yo no soy nadie para opinar. Como perdió los mejores años, los de la juventud, cuando tenía más vigor… No obstante, el doctor asegura que es un caso que le preocupa e interesa.

Esto lo decía Celi queriéndose agarrar a alguna esperanza…

—¡Pobre hombre!… —dijo don Roberto con sinceridad. Se quedó mirando a Celi, como si aquella conmiseración fuera también dirigida a ella.

Ella le miraba a los ojos como siempre y leyó en ellos como en un libro abierto. ¡Sí, él tenía que decirle algo!…

Y como si fuera un conjuro este pensamiento, él empezó a balbucear:

—Sabe, en una temporada no pasaré a saludarla; he de irme fuera de Madrid para arreglar unos asuntos que dejó estropeados la guerra. Creo que será por poco tiempo. No puedo precisar ahora si serán dos a tal vez tres meses. En este tiempo me gustaría saber de ustedes, sobre todo de «ellos»; ¡son ya tantos los años que me hice el propósito de no abandonarles!…

—Pues no sé cómo indicarle… —Celi luchaba por no herir y no herirse en su vocación de mujer decente; al mismo tiempo sentía la necesidad de su presencia, de su franca y leal protección. De pronto se iluminó su semblante y dijo—: Verá, a las señas de esta amiga, usted ya la conoce, la saludó una

vez, es muy buena amiga y compañera —mientras lo decía imprimía las señas en un pedacito de rollo—. Yo le escribiré a donde usted me diga. Le enviaré las notas que consiga el mocito y los diagnósticos de su conocido, el doctor, y cómo sigue mi pobre Luis. No importa que las cartas vayan sólo a nombre de mi amiga. Es preferible que ella abra la carta —añadió, deseando que en estas misivas tan «espirituales» hubiera siempre un testigo.

Él comprendió y se sintió orgulloso de conocer a una mujer así, valerosa y firme en su cruz y en su deber. Él, sólo él sabía lo que significaba y valía esta rectitud. Miró largamente a la chiquilla y le dijo, alargándole la mano:

—Celi, cuídese, porque nos estamos haciendo viejos; ya la apuntan algunas canas… En fin, adiós. Mis saludos a su hijo y mis respetos a su madre.

—Adiós, don Roberto; que Dios le acompañe. Y sobre mis canas, le diré que a lo mejor cualquier día me las pinto; no quiero ser vieja —contestó con graciosa coquetería—. Adiós, le echaré mucho de menos. Era un consuelo verle pasar por aquí.

El caballero se descubrió como último saludo y se alejó lentamente, como si le pesara aquella despedida.

A Celi le quedó un vacío raro, un sabor amargo de algo que nos ahoga y desagrada. No importaba, se confesaba a sí misma, no tenía que importarle, le contestaba su dignidad de mujer madura ya en la lucha y en el dolor.

Sin embargo, aquel hombre que se alejaba se había introducido en su vida, en su ser sin ella notarlo. Porque ella, sana de sentimientos, no se había apercibido del gusanillo que llevaba dentro.

No se daba cuenta exacta de cómo pasaron los años en los que la presencia de este hombre suponía en su vida como una necesidad, en su preocupación involuntaria, cuando el tiempo transcurría y él no pasaba. Su mente algo preocupada siguió trabajando y recordando su pasado tan ligado a este hombre honradamente, ya que jamás hubo una frase dudosa ni con mala intención.

… Cuando se encontraron de nuevo después de su

reingreso en el Metro, estaba en una cabina taladrando billetes. Fue un movimiento de alegría y gratitud volverle a ver. Él se acercó y al entregar su «taco» para que lo taladrara le dijo:

—El «hado» bueno saluda a usted, señorita, deseándole toda clase de venturas en su jaulita de plata.

—Gracias, don Roberto, ¡gracias por todo! ¡Dios se lo premie! —y era su tono modulado de emoción y gratitud.

—Vamos, señora mía, que yo no hice nada. No me adjudique lo que no sea legal. Yo no hice más que exponer las cosas claritas.

—Entonces ¿es usted abogado?

—No, no; el abogado es mi hermano mayor. Yo soy un modesto negociante en fincas. A mi hermano le conté su «caso», le interesó, era claro y sencillo. Usted misma lo hubiera arreglado bien, con más preámbulos, pero al fin lo hubiera arreglado. Y que ¿termina usted ya?

—Sí, a las siete. Mire, ya llega mi relevo.

—Pues voy a esperarla, si no le causa contrariedad. He de hablar con usted…

—Bien, tenga la amabilidad de esperar unos segundos. Voy a lavarme las manos y guardar el uniforme.

Y diciendo esto se alejó pensando qué la diría y cuál sería su deber. En su situación una inquieta zozobra le embargaba y, sin embargo, un secreto instinto la decía que no debía recelar. Es que los ojos de aquel hombre eran claros y nobles, se prendían de frente en el mirar. No eran descaros ni deseos lo que decían eran ojos llenos de franqueza. Estaba intrigada, se apresuró con el consiguiente deseo de saber…

Cuando llegó junto a él salieron a la superficie. La gente bullía y se agitaba de un lado para otro, indiferente a las tragedias que llevaran en su fondo los corazones que aleteaban en el torbellino de la vida. Nadie se fijaba en nadie. Cada cual vivía su momento en su ser, como Celi, que sentía su corazón suspenso de un no sé qué.

Él, ya cerca de su casa, se paró en un sitio conveniente y con delicadeza empezó a decirle:

—Celi, no deseo que usted piense mal ni se perjudique en

cavilaciones. Si supiera que su delicadeza había de sufrir un sobresalto le aseguro por mi fe de caballero que no estaría aquí delante de usted. Así que después de esta explicación, quiero hacerle un ruego: es una satisfacción egoísta para mí. ¡Déjeme ayudarles en sus necesidades! Tengo amigos, influencias, no me marchan mal las cosas, aunque no sea un hombre rico. Quiero saber si un buen especialista pudiera mejorar, tal vez curar a su esposo. Su pequeñín pronto necesitará estudios y ustedes… Si necesitaran algo en el apremio de su vida, ¿sería mucho pedirles que recurrieran a mí? Sí, sí, ya veo en sus ojos una pregunta; ¡son tan parlanchines sus ojos, Celi! ¿Que por qué me intereso por esto? Ya se lo dije: egoísmo, puro egoísmo. Deseos de llenar una vida como la mía, que no tiene más objeto que el trabajo y la buena mesa, porque gano sobrado para mi placer. Así seré el «hado» bueno de una buena familia.

Celi le miraba y le dejaba hablar. Quedose unos segundos suspensa… No había nada reprobable en la actitud de aquel hombre; por esto, pausadamente y con emotiva voz fue diciéndole:

—Nosotros, don Roberto, hoy no necesitamos nada. El niño se cría alegre y sano. Mi madre, gracias a Dios, aparte de su reúma, se defiende bien. Con la labor y mi empleo tenemos más que lo justo. El único que necesita es él, mi esposo, y ya ve, hace más de un mes me dijeron que no había esperanza.

—Pues bien, deme datos y señas. Ya sabe que el poder divino es grandioso. Se pondrán los medios para que lo vean buenos especialistas y… ¡quién sabe!

Dejó esta esperanza en el aire, viendo cómo se alegraba la carita morena de la taquillera, que exclamaba emotivamente:

—¡Oh, Dios mío, si llegara a ser posible!… ¿Cómo le pagaríamos?… y le miraba deslumbrada, llena de ilusiones.

—Entonces me dará datos y detalles y haremos cuanto pueda hacerse —dijo cariñoso pero seriamente, y con un respetuoso saludo cortó el diálogo, dejando a Celi con la ilusión de una esperanza, como si un rayo de sol penetrara por una buhardilla en un día de tormenta.

El corto trecho que la quedaba por recorrer fue lleno de expansiones gratas. Su mente no dejaba de pensar en una realidad, porque era tanta la fe que tenía en la empresa que aquel hombre se propusiera que ya veía a su esposo con ella y su hijo como preludio de una felicidad tanto tiempo deseada. Ensimismada e ilusionada, por poco no se pasó de largo de su casa. Subió de tres en tres los escalones y al llegar al piso le contó a su madre toda la conversación, hasta sus menores detalles. Ponía tanta humanidad y entusiasmo en transmitir la escena, que hasta su madre quedó impresionada y esperanzada. La buena señora no pudo menos que exclamar, como si fuera una plegaria:

—¡Dios mío!… ¡Pero, hijita, ese hombre es un santo!

Y ella, como si fuera un eco, contestó:

—No, madre, es mi *hado* bueno.

A los pocos días, cuando fue a ver a su querido enfermo supo que le había visitado un especialista y que para hacer una consulta más amplia volvería el próximo mes con otro colega. Según el resultado que se obtuviera se seguiría un plan o se daría el fallo definitivo.

Casi todos los días veía a su *hado bueno*, como ella le llamaba, al pasar por su revisión. Siempre le hacía la misma pregunta:

—Qué señorita, ¿todo va bien por su casa?… ¿Y el pequeño?…

Eso era todo.

Ella le hablaba de su hijo con entusiasmo y regocijo contando sus traviesas hazañas, sus dichos torpes y graciosos, sus gestos valientes… imitando en sus juegos a los protagonistas de los cuentos y películas que le llevaba a ver su abuela, tan niña como él, que coreaba con risotadas sus juegos inocentes. También explicaba al niño cuanto podía convenirle para su formación con paciencia, como sólo las abuelas saben tenerla, y cómo no, con mimo.

Don Roberto la escuchaba con agrado y se reía, interesándose por las travesuras del niño, complaciéndose como si de un nieto suyo se tratara.

… Y así, poco más o menos, fue pasando el tiempo. Tenía

entonces veinte años… Hoy ya tenía treinta y cinco y todo este tiempo le había seguido siempre fiel su *hado* bueno. No le necesitó; no quiso, más bien, necesitarle para ella, mas cuando un lapso de tiempo desaparecía estaba inquieta, desasosegada, pensando siempre qué sería de él. Según transcurría el tiempo y los años notaba más la sombra de este hombre que con tanto altruismo se había *colado*, inmiscuido en su vida.

Iban a dar las diez y media; así que recogió sus cosas y dejó sus recuerdos para hacer el relevo. Entregó la cuenta al jefe y salió hacia la superficie, donde todo estaba igual que antes. La Puerta del Sol hacía honor a su nombre, porque era una mañana radiante y clara, de temperatura ideal, no hacía frío ni calor. Podíase caminar con soltura, con la sensación de agradecer a madre Natura el día que nos enviaba. Sin embargo, Celi sentía pena… Algo en su ser la descorazonaba. ¿La marcha de él?… ¿Su pobre enfermo?… ¿Su vida monótona, falta de hechizos e ilusiones?…

Con paso vacilante se dirigió al mercado, como casi todos los días, comprando lo necesario para su casa. Se entretuvo un poco comprando y regateando. Llegada a su casa dejó la compra y besó a su madre sin haber podido imponerse a aquella sensación de vacío que la invadía. Hizo las mismas preguntas de siempre después del beso cotidiano:

—Madre…, ¿abrigaste bien al niño?… ¿Se lo comió todo?…

—Sí, hijita, todo bien —y mirando la cara de su hijita, como decía, alarmada y preocupada le dijo—: ¿Qué tienes, hija? Estás cansada. Anda, hija, échate un rato… Trabajas mucho. Aprovecha ahora que todo está en silencio y no viene tu hijo haciendo ruido.

—Sí, voy a echarme.

Dicho y hecho se fue a su habitación. Quería estar sola… Al entrar en la habitación pensó en su vida… tan sin aspiraciones. El hijo lo tenía casi criado… Por ley natural, su madre la abandonaría cualquier día… ¿Sin haber llegado a conocer la ventura de su hija?… Porque su pobre Luis… ¡Dios mío!… ¿Qué sería de ella?… Y es que su espíritu inquieto no

podía resignarse a la monotonía.

Su vida actual era una cárcel… con sus *rejas* queridas, siempre iguales; las obligaciones a que estaba atada por el destino la ahogaban. Estas vacilaciones en ocasiones la abrumaban, porque le faltaba el amor que en otro tiempo diera paso a su vida e ilusiones y sentimientos. Necesitaba distraerse. Cogió un libro. Eran unas poesías que le habían prestado, de un autor desconocido. Ella era también muy aficionada a la poesía y había hecho pinitos como poetisa. Después de leer algunas se detuvo ante una que la conmovió profundamente y que se titulaba:

ESPERANZA

No pierdas la esperanza, mujer.
Puedes vivir todavía.
Al fin llegará aquel día
que se cambie lo de ayer.
Tu pena no es infinita
y si se alberga en tu pecho
el rencor por algún mal,
no te asuste el mal hecho,
y calmará tu pesar.

¿No has visto la nube atronadora
que nos impone respeto y temor?
¿Te das cuenta que al pasar la borrasca
tiene el cielo un hermoso resplandor?

Llegará tu día, Dios quiso probarte;
ten la paciencia que el destino reclama
y verás cómo Dios supo juzgarte,
sentirás que al fin ¡podrá vivir tu alma!

Esta poesía la calmó y sirvió de lenitivo a su corazón torturado. Conocía al poeta. ¿Y si Dios quiso probarla? Ella esperaría a que la borrasca pasara… Pero ¿podría pasar el tiempo?… Se miró al espejo. Sí, aún era joven; una mujer «bien formada», como decían los entendidos. Y al contemplarse, un pensamiento audaz cruzó su mente. ¿Es que

no le gustaría a él? No podría decir nunca que él la hiciera la más leve insinuación…, pero había algo en él que no la permitía pensar en la solicitud de un hermano.

Eran sus «ojos». Se daba cuenta de que desde que llegara hasta ella sólo podía mirar aquellos ojos, que se prendían en los suyos como garfios encendidos en llamaradas… Que hablaban de promesas, de esperanzas y de ilusiones.

Ella se imponía con todos sus sentidos y su gran concepto de la vida, porque no podía comprender que hubiera una felicidad mayor que la que ella gozara en los pocos días buenos que tuvo. Por esto estaba siempre al acecho de un milagro que la devolviera la dicha que ya gustó.

No hubiera habido consecuencia en este anhelo si por lograrlo le hubieran pedido «más» de su propia vida. Hubiera ido ciega, por salvar la muralla maldita de su destino.

Se acostó con esta pesadumbre y se quedó traspuesta hasta que llegó su madre a llamarla. Luisillo entró a darle un beso. Trabajaba en la oficina de un abogado amigo del hermano de don Roberto. El chiquillo iba a este despacho por la mañana; por la tarde, para completar sus estudios, iba a una academia.

Celi lo miraba con arrobo y orgullo. Él se acercó a su madrecita y la dio varios besos. Entre bromas y veras ella le huía y rechazaba sus locuras, para hacer la broma más a la satisfacción del loco jovencito, que ya había cumplido los diecisiete años.

Se sentaron los tres a la mesa. Como un comentario, Celi expuso la marcha de don Roberto. Luisito lo conocía y respetaba como una invocación buena. No sabía por qué este señor, que tanto se interesaba por ellos, le causaba admiración. Cuantas veces charlaba con su madre quería saber de este hombre, lo que hacía, cómo vivía, si ganaba mucho… Los niños que empiezan a luchar en la vida resumen sus afanes en los beneficios. El anhelo de Luisillo era llevar siempre mucho dinero a su abuelita, que era la «cajera». Y daba a su viejita todo lo que recogía en jornales y extras…

Gozaba el niño, cuando empezó a ganar, en llevar su «paga» a su casa. A su abuela le parecía una excepcional

proeza. ¡Su hijito querido! ¡Su lucerito del alma!… Y cubría de besos la cara alegre del mozalbete.

Él se dejaba hacer, era mimoso y le gustaban las caricias y los halagos de su viejita, que siempre le regalaba con alguna golosina o con algún caprichito.

Celi, cuando los veía en ese forcejeo cariñoso decía entre risas y alegres comentarios:

—Sí, sí, todo para el niño; y yo, que soy tu hija, ¿qué?

Entonces la abuelita les cogía con trabajoso anhelo, juntándolos en un abrazo, y decía:

—¡Mis cariños!…

Así, en este ambiente, se vivía la vida; siempre igual, en la monotonía del trabajo y de la lucha.

Ella no sabía de don Roberto más que la consideraba y se portaba siempre como un perfecto caballero. No quiso nunca averiguar nada de él, aunque en su interior estuviese llena de justa curiosidad ¡Tantos años! Pero sabía ser mujer consciente de su deber y pensaba que no se debe sembrar lo que no se puede recoger. En este papel se jugaba su virtud de mujer casada.

Él debió comprender y supo valorar en todos sus quilates el tacto de esta mujer. Por eso quizá se mostraría siempre en el papel de «genio bueno». Era grato ver brillar sus ojos cuando ella le pedía algo para los suyos y le mostraba su agradecimiento con cordiales palabras.

El jovencito siguió preguntando:

—Mamá, y ¿cuándo viene otra vez don Roberto?

—No sé, híjíto, pero me dijo que de cierta manera le informara de vosotros. Así que pórtate bien en la oficina —dirigiéndose a su madre, la dijo—: Mañana iré a visitar a Luis para comprobar si le hace efecto el nuevo tratamiento —esbozó una sonrisa de pena—. ¡Pobre mío, qué demacradillo está! ¡Si Dios hiciera un milagro…!

—Pero, hijita, tienes aún alguna esperanza —dijo la madre, con los ojos fijos en el dolor que se reflejaba en la carita de su hija.

—Madre, yo le pedí a Dios ayuda para nuestro calvario y nos mandó a este hombre bueno, que nos protegió sin malicia

y sin recelos malos. Desde entonces tengo fe. Creo, madre, creo en ese maravilloso don del Cielo; sí, creo en los milagros.

—Bueno, hijita, no te exaltes; cálmate y vete arreglando que se te va a hacer tarde.

—No, mamita; deja, que yo ayudaré a la abuelita; así me ganaré algo para ir al cine.

* * *

Y así empezó la segunda fase del trabajo, que se formaba de dos y media a seis y media de la tarde, o lo que es lo mismo, en el horario de servicio, de 14,30 a 18,30. Esta es la jornada de la tarde. Igual, rutinaria, con alguna que otra contrariedad para la marcha del trabajo. Algún saludo amistoso consiguió que Celi se distrajera de un penoso pensamiento. Entregó la cuenta, se arregló un poco y bajó al andén para coger el Metro en dirección a Argüelles. Iba al encuentro de su compañera y amiga con la que quedó por la mañana en que se verían por la tarde.

El coche iba semilleno. Celi, absorta en sus cavilaciones, apenas pudo percibir el rumor de unas frases que la hicieron volver la cabeza. Un caballero muy elegante le ofrecía un guante que había recogido del suelo. Ella lo rechazó, creyendo otra cosa.

—No, no es mío —y le mostraba al señor sus dos guantes puestos, indicándole lo que debía hacer—. Caballero, entréguelo usted al jefe de estación, a la salida.

—Señorita, muchas gracias. Voy a Argüelles. Si no le importa, ¿hablamos?…

Con este motivo el caballero se iba entusiasmando en su conversación, que Celi aguantaba un poco mohína, pareciéndole inconveniente, y cuando el caballero empezó a ponerse un poco pesado…

—Señorita, no crea en nada malo. Yo tengo el gusto de

invitarle a tomar café o lo que usted quiera…

—Muchas gracias, caballero. No acostumbro a tomar nada en ningún sitio si no voy acompañada de mis familiares o amigas.

Esta contestación tan rotunda y contundente puso en guardia al caballero. En este momento el tren salía de la prisionera oscuridad del túnel y llegaba a la luz, entrando radiante en la estación de Argüelles. El caballerete se retiró para cederle el paso galantemente, y descubriéndose ceremoniosamente, como ante la *maja* de otros tiempos, se despidió de ella cortésmente, dirigiéndose a la cabina del jefe de estación para entregarle el hallazgo.

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas las tenga usted —contestó Celi mientras salía al encuentro de Su amiga Angelina, que ya venía por el andén en su busca, la cual había visto la escena de la despedida ceremoniosa y parecía tener una mosca detrás de la oreja. Así que llegó hasta Celi la espetó:

—¡Chica, qué hombre! ¿Qué les das?…

Celi se reía a más no poder ante las exclamaciones de su amiga y, haciendo caso omiso de todo, la cogió del brazo y la hizo salir por Altamirano, a fin de no encontrarse de nuevo con el caballero aquel al que ella juzgaba en su interior de pedante y entrometido. Al salir saludó a todas las compañeras que estaban trabajando en sus respectivos puestos.

Aspiraron con deleite y ancho pulmón el aire de la calle, no viciado como ahora, sino puro, recién llegadito de la sierra o de Rosales. Las cuatro horas de trabajo en el fondo de la tierra agotan y empobrecen los sentidos. El Metro es como una mina de carbón donde se respira el aire viciado constantemente durante cuatro horas consecutivas. Esto no se ve a vuelapaso, mas quien lo ha de soportar un día y otro… es quien lo siente en sus pulmones y en su salud. Muchas enfermedades, la mayoría de las que sufren los empleados del Metro son producidas por estar constantemente bajo tierra. Al salir de él, al ascender a la calle y respirar el aire sano y ver el sol después de haber estado abajo luchando por un dinero necesario para la vida es cuando se nota el alivio que

puede dar una ducha. En este caso es una ducha de vida: de naturaleza, de luz y de aire.

Alegres como dos soles más anduvieron enlazadas hasta Sol las dos amigas, aunque un poco silenciosas, algo absortas, como si las dos meditaran los problemas de sus vidas en su interior, o, sencillamente, porque el silencio también es descanso algunas veces. De pronto Celi rompió esta monotonía, diciéndole a su amiga:

—Oye, Angelina, he de pedirte un favor.

—Tú dirás. Si no es dinero… o si lo es y no es mucho… desde luego cuenta con ello —contestó ésta con toda la sencillez que le era propia.

—No, no es dinero. Creo que he abusado de tu amistad un poco… He dado las señas de tu casa a don Roberto —dijo Celi un poco atemorizada.

A lo que su amiga contestó un poco suspicaz, pensando en desatinos impropios de Celi:

—¡Oye!… ¡Que para ciertas cosas soy todavía muy joven!…

Celi se puso como la grana, captando el mal pensamiento de su amiga y sintiéndose rozada en su honestidad; con presteza la contestó, corrigiendo este error: —No, chiquilla, no… No pienses mal.

En cuatro frases contó a su amiga la despedida de don Roberto y los deseos de este buen hombre de saber de su familia.

—¡Ah bueno!… Siendo así, no hay inconveniente alguno —asintió la simpática y castiza muchacha con principios de buena educación y cultura, ya que había nacido en la *Ribera* y tenía en su sangre metido el casticismo y no podía evitar esas salidas de tono salerosas que tienen los barrios bajos de nuestro gran Madrid.

De todo modos, Angelina quedó pensativa y meditabunda. No acertaba a decir a Celi lo que hacía tiempo bullía en su cabeza y la espetó:

—¿Qué piensas tú, querida, de la actitud de don Roberto?… ¿No te parece demasiada cortesía?… ¿O es que ese hombre es de palo? ¡Vamos, niña, que son muchos días

los que tenéis metidos en vuestro conocimiento! Según tú me has dicho, y yo te creo, porque a ti se te puede creer, ese hombre nunca se ha propasado para decirte nada, y… vamos…, ¡yo veo y creo que aún vales lo tuyo! Y… ya casi no tiene pretexto para verte…

—El no necesita de pretexto para verme. Tiene mi agradecimiento y basta. Además, olvidas que estamos en un sitio público.

—No, claro, eso no lo puedo olvidar; pero… ¿qué quiere ese hombre?…

—No seas loca, mujer. Ese hombre es bueno. ¡Por Dios, Angelina, déjame creer que es bueno! No influyas en mi corazón a que dude. Ya ves cuánto hemos pasado todos. La guerra…, el hambre…, las fatigas… Él también padeció mucho, pero aun así y todo no dejó de protegernos, porque gracias a su protección los míos subsistieron, y nunca le vi vacilar ni pedir nada a cambio. Le veo que es feliz cuando puede hacer algo por nosotros. Sí, Angelina, sí. A veces pienso si será un tributo que ofrece a su conciencia al hacer el bien con tanto desinterés.

—¡Nanay! Ese trae algo entre manos. Yo no soy tan ingenua como tú. No te voy a discutir que sea más o menos bueno, pero yo, ¿qué quieres, chica?, yo no creo en los santos de carne y hueso. Lo que sí me extraña, y mucho, es que tenga tanta paciencia.

—Si tú lo crees así… Yo no, desde luego.

Toda esta conversación la tenían en la calle. De momento, Angelina, parándose ante un bar, en la Gran Vía, dijo resuelta:

—Te convido a café.

Dicho y hecho; entraron en el bar, se acomodaron en una mesita, una frente a otra, pidieron los cafés y continuaron su charla.

El tema les embelesaba, porque Celi necesitaba descifrar aquella incógnita que se le imponía siempre en su pensamiento y que la desconfiada Angelina hacía traslucir como un pecado. En verdad, era mucho *altruismo* aquél. Así definía algunas veces la conducta de don Roberto y se

afianzaba más esta maliciosa suposición en la amiga desde un día que les había visto saludarse.

Iban las dos juntas y le vieron llegar de frente. Él se quitó el sombrero en un saludo cortés, las alargó la mano y cuando cogió la de Celi, la maliciosa Angelina comentó para sus adentros que la había retenido más de la cuenta y que sus ojos decían más de lo que querían decir sus labios, que sólo empleaban buenas fórmulas y no hacían más que preguntas de banal cortesía.

Y es que Angelina tenía una penosa experiencia de la vida y, sobre todo, de los hombres.

* * *

Era Angelina profesora de piano. Daba clases particulares a domicilio. Había estudiado por verdadera vocación y afición a la música y con un gran esfuerzo material y espiritual. Muchos sacrificios le costó a sus padres el capricho o locura de la niña por la música, mas el empeño que puso en ello hizo que consiguiera el título de profesora, que ostentaba pomposamente en un cuadro de la salita de estudio de su casa, encima del piano.

En los principios empezó a defenderse vagamente con pocas lecciones. Hubiera ganado más si se hubiera colocado en otra escala social: Conciertos-Club… Yendo de pianista en cualquier compañía de zarzuela… Tocando en algún *cabaret*… En fin, en esas innumerables cosas que podía colocarse entonces una señorita pianista. Mas cuando expresaba esta cuestión a sus padres éstos ponían el grito en el cielo y no quiera saberse las cosas que a costa de tales proposiciones se les ocurría a los pobres viejos.

Por eso se presentó a exámenes en el Metro, para tener algo seguro. A los dos años escasos de ingresar en la Compañía, en el corto lapso de dos meses murieron sus padres. No pudo sobrevivir el uno al otro ni soportar la separación. Ellos, que habían sido ejemplo de matrimonios en la vida, queriéndose de verdad, viviendo modestamente, pero con amor puro y perenne, se fueron para no volver sin haber

podido gozar el bienestar que su hija hubiera podido darles en compensación al esfuerzo y el sacrificio que les costó su educación y su carrera.

Cuando Angelina se vio en la más completa orfandad conoció a un muchacho de su misma clase en el Conservatorio. Fue muy atento y cortés en los amargos momentos de duelo y dolor y, aunque no era su *tipo*, como ella decía, se dejaba acompañar por él cuando le encontraba.

Imbuido de extrañas aspiraciones artísticas, este tipo llegó a creerse un Sarasate en su carrera de violinista. Creyendo ganada la partida en el corazón de Angelina, exigió a ésta que dejara el Metro, por parecerle que esto era en detrimento de su clase social y que desmerecía para su arte. Por un secreto impulso ella se negó a acceder y presentar su dimisión en la Compañía. Más tarde se alegró de no haber accedido. No había transcurrido un mes aún cuando el violinista en cuestión se fue de Madrid, a otras tierras, con una *corista* que actuaba en el teatro donde él tocaba. La información de esta fuga, y no de Bach, se la dieron a Angelina cuando fue a pedir noticias suyas, creyendo que su ausencia podía obedecer a alguna enfermedad o accidente.

En las relaciones que mantuvo con el violinista no sufrió esta gran muchacha gran cosa por su pérdida, porque no fueron más que atenciones, luchas y porfías, y esto no iba bien con el carácter sano y espiritual de ella. Más adelante sí… Más adelante sufrió dolor y desengaño cuando, sin darse cuenta, se enamoró de verdad y se dedicó a querer con toda su alma.

Todavía lloraba la pobre con rabiosa pena su fracaso…, que solamente tenía la compensación de la buena acción, ¡porque si ella hubiera querido asentir!…

* * *

Conoció a un joven humilde y modesto. Todos los días se cruzaban, más arriba o más abajo, casi enfrente a *Cascorro*. Siempre había cruces… y cuando no las había a ella le parecía que le faltaba algo.

Un día jugó el azar con ellos. Al ir él a sacar un billete para entrar en el Metro, ella estaba en la taquilla de Iglesia de servicio; quedó sorprendido al verla. Se miraron de frente. Ella le lanzó una sonrisa y él le dijo, como si fuera un requiebro:

—Señorita, hoy no ha pasado usted por *Cascorro*… Me ha parecido que no había salido el sol.

—¿Es que trabaja usted por aquí? —le preguntó ella.

—Sí, señorita, aquí mismo, en un restaurante que tiene un cuñado mío. Por la noche trabajo de panadero, ese es mi oficio.

—¡Vaya un hombre más aprovechado!

—Pues si usted me quiere haremos todos los días este camino juntos. ¿A qué hora sale usted?

—A las seis y media.

—Aquí me tiene como un clavo a esa hora.

Y así empezó este idilio, bueno y santo, que parecía abarcar en todo su poder las ansias de amores contenidas en esta muchachita santa y buena.

Él la quería de veras. Lo demostraba insistiendo por casarse pronto. Tenía dinero para ofrecerle un buen hogar… Ella le decía:

—Mira, Mario; como estamos ahora no vamos a estar nunca.

Gustaba de su honesta y egoísta felicidad, en el ansia del cortejo que no había tenido, y gozaba con la espera diaria al encuentro de sus amores buenos.

No se daba cuenta la pobre muchacha de que los hombres no son virtuosos en sus sentimientos y que él, sin pensar en las consecuencias, se enzarzaba en devaneos poco honestos con la muchacha que servía en la casa de sus cuñados. Resultado, que un día se vio sorprendida, en su casa, con la visita de una mujer que con un recién nacido en los brazos le aseguraba era producto de los amores y retozos habidos con su Mario…

La mujer torpe y desvergonzada quiso imponer con desenfado y con insultos su poder de madre. Ella, molesta en su dignidad, con dolor de corazón por el desengaño, la hizo

salir de su casa.

Cuando apareció él fue una lucha dolorosa de sentimientos humanos. Lloraba el mozo su desvío, declarando ser casi inocente en estos devaneos. Era una hembra lasciva que se le había impuesto achacándole de cobarde, y ahora reclamaba… Quería convencerla de que todo sería igual que antes. Él podría jurarla que no era oro todo lo que relucía en aquella mujer. Una mujer así no podía destrozar su amor ni sus vidas. Protegería al niño, eso sí, por caridad y por deber pero no era él sólo el protagonista de aquellos desmanes. Se trataba de una libertina. Últimamente se había sujetado a él por cazarle, y esto le hacía creer que el niño fuera suyo, pero la madre no se merecía nada.

Angelina le escuchaba fría, impasible, muda ante el dolor del mozo, que en un arranque de coraje contenido gritó por sus derechos el reproche que tenía retenido:

—¡Tú, tú tienes la culpa por tu egoísmo y tu calma! Porque lo teníamos todo para ser felices: trabajo, salud, casa y amor, y tú con tu injusta espera lo has destrozado todo.

Después rogaba y suplicaba en ansia de verdadera contrición.

Tuvo momentos de vacilación, de exaltaciones a su amor frustrado. Ella no debía pagar, no tenía culpa, pero todas estas luchas las vencía al recordar la carita del niño, que éste sí que no tenía culpa de nada…

Sufría tormentos de muerte, porque él aparecía ante su presencia con aquella súplica muda y constante, mas ella permanecía impasible, hasta que un día le envió a un amigo para decirle «que se casaba», que así quedaría satisfecha. Que ella respondería de su futura felicidad en su terca ceguera.

Hubiera sido inútil decirle a él los reproches que callaba; por esto sólo contestó:

—Que sean muy felices. Sobre todo por el niño, que Dios le dé unos buenos padres…

Y así aprendió Angelina a pesar el valor de los hombres. ¡Va! Eran unos pobres diablos que jugaban su valer en el goce de un momento, y después de dos experiencias no valía la pena pensar en ellos.

Y por esto confiaba poco en los buenos sentimientos de don Roberto. No es que ella lo creyera malo, pero que algo se traía entre manos…

Dirigiéndose a su amiga le preguntó:

—Nunca me has hablado de cuánto sufriste en la guerra… ¿Cómo saliste del trance y cómo te pudo ayudar él?

Tomó Celi un buen sorbo de café. Por un momento se quedó silenciosa, mirando a su alrededor. Las mesas estaban todas ocupadas y en la mayoría reinaba el amor. Las parejas se recogían en su éxtasis amoroso, embriagándose ensimismadas, resguardándose en el café, al abrigo de una temperatura cálida.

La atmósfera estaba cargada, un poco por el vaho que despedían las cafeteras, otro poco por el humo de los cigarrillos de los hombres, pero se estaba bien y aquel ambiente y el día de «coincidencias» en los sucesos relacionados con su pasado y su presente invitaban a la charla y a la evocación de los recuerdos; por esto empezó a decir con calma y concentrada memoria:

—Las «milicias» buscaban a mi esposo porque, en efecto, mi Luis pertenecía a la «falange», donde antes de su desgracia ocupaba un puesto de responsabilidad. Salvé la situación diciendo que otros milicianos se lo habían llevado antes, y se fueron. Cuando salieron yo fui en busca del hermano de don Roberto, cuyas señas tenía. La esposa de este señor me dijo dónde podría encontrar a su cuñado. Le encontré en los Cuatro Caminos, en un bar llamado «Chumbica».

Estaba vestido de «obrero», con mono y gorra. Trabajo me costó conocerle, siendo él el que se diera a conocer. Me hizo sentar y me preguntó:

—¿Qué la sucede?

—Han ido a buscar a mi Luis. Temo que no se conformen y averigüen dónde está.

Me dio una tarjeta y me dijo:

—Ya había pensado en él, porque la zona donde él está ofrece peligro. Tendrá que desalojar. Vaya con esta tarjeta a esa dirección, diga lo que le pasa. Vaya mal vestida.

Recordarás que nos dieron unos «monos» en el Metro. Me

puse uno de aquellos indumentos y me fui a las señas indicadas.

Me recibió una señora de muy malas trazas, aunque luego supe que era una gran mujer. Me hizo mala impresión verla pero este era el papel de la buena señora, que tenía que desempeñarlo en la tragedia que por desgracia vivíamos. Me dijo que pasara, y un señor, porque ese sí que era un señor, aunque lo disimulara, me cogió la tarjeta y me atendió con cariñosa galantería.

—Trasladarán a su esposo y usted tendrá noticias de él por la Cruz Roja; pero aquí, en esta casa, se las dará la señora que le franqueó la entrada y que la atenderá con cariño.

Varias veces más fueron a mi casa y viendo que no daban con mi esposo, un día me detuvieron a mí.

—¿Sabes que es interesante cuanto me estás contando? Sigue, sigue, que me está gustando —dijo Angelina, interesada de veras por el relato de Celi.

—Estábamos mi madre, mi niño y yo solos. Dos milicianos con pistolas nos apuntaban cuando mi pobre vieja abrió la puerta que antes había sido golpeada de mala manera. Yo reponiéndome y disimulando el gran miedo que sentía, les dije: «Guarden “eso”, no somos más que dos mujeres y un niño». Hicieron un gran registro. No sé lo que esperaban encontrar. Cuando terminaron, uno de ellos me dijo (éste se destacó en todo momento como el más enrevesado): «Tú te vienes con nosotros. Has de declarar». Mi pobre madre se agarró a mí, y decía:

—¡Donde vaya mi hija vamos nosotros!

—¡Vamos, vieja, suelta, si no quieres que te suelte yo!

Me tiré como una fiera sobre aquel bandido y le dije:

—¡Cómo se conoce que tú no has tenido madre! ¡Si te hubiera criado una santa como ésta tú no serías una víbora como eres!

Intervino el otro miliciano, al que le costó trabajo desprenderme de la chaqueta o cazadora de cuero.

El bandido aquel bajó la cabeza; parecía que le llegara a lo vivo mi dura recriminación, porque murmuró:

—Está bien, pero has de ir tú sola.

Entre el otro miliciano y yo convencimos a mi madre para que se quedara con el niño. Se quedó llorando y rezando en la casa de doña Nati.

Me llevaron a la calle del Barco, a una comisaría que fue intervenida por las milicias. En este patio lleno de humedad me dejaron. Había allí muchas personalidades, entre ellas una gran señora prima hermana de una persona que figuró en las derechas. Allí en medio de la humedad, estaba esta buena mujer con sus dos hijas y una criada «galleguiña» con brío y salero. La muchacha no quiso dejar a sus señoritas cuando las detuvieron, apostrofó con insultos groseros a los milicianos hasta conseguir que la unieran al grupo.

La señora estaba enferma, no podía con la basura que daban aquellas gentes, así que puede decirse que estaban a pan y agua.

¡Puedes imaginarte, querida, cómo miraban estas pobres señoras unas sopas de ajo y dos filetitos que con la criada de doña Nati me mandó mi madre! Porque sin yo saber por quién, mi madre supo en seguida donde yo estaba. Según me dijo después, un muchacho mal vestido la entregó una «nota».

Las sopas se las comió aquella gran señora, y sus hijas los dos filetitos. Todavía de aquella miseria querían repartir y dar a las demás. Puedo asegurarte que no he comido sopas y filetes en mi vida que mejor me hayan sabido sin haberlas probado.

En aquellos momentos que la guerra nos impuso no sufrías por ti, sufrías por los demás. Yo me encontraba bien aún, pero, a aquellas gentes les quitaron su hogar, ¡y quién sabe si les habrán quitado la vida, porque yo no supe más de ellas!

A mí, al día siguiente me llamaron a declarar sobre mi esposo y mis actividades. Al decirles dónde estaba me soltaron. Parece ser que de mí se tenían que encargar los del Metro.

Hay muchas anécdotas en mi vida de aquellos tiempos de la guerra; entre ellas, que recibí una orden, no sé de quién y no sé por quién; en el bolsillo del uniforme me encontré un

papel que decía: «Te estás haciendo sospechosa. Pide un puesto activo». Me guié del papel y me presenté a los del «Comité»:

—Vengo —les dije— porque quiero ir a talleres. ¡A ver, «camaradas», qué puesto me dais!

Uno de los que estaban allí se puso a hacerme una «nota» y tomando mi deseo como fiel a su causa quiso, sin duda, hacerse el gracioso y me dijo:

—¡Menuda «limpia» vamos a hacer aquí el próximo mes. Mira, mira esta «lista negra»!.

Tuve el valor de seguirle la corriente, con más o menos guasa. Me puse a leer la misiva que me mostraba. Un escalofrío corrió por mi cuerpo, porque entre aquellas pobres víctimas estaba yo.

El «camarada» aquel me dio la «nota» que designaba mi nuevo servicio y ponía gran empeño en que cenáramos juntos. Entonces le dije con mucho «retintín»:

—Si permites que vaya mi «compañero», que hoy llega del frente, «no está enchufado»… y le espero esta noche ¿Qué te parece? ¿Te hace?

Me marché disimulando el miedo con la burla; no sé si aquel desgraciado, tan sediento de mal, llegaría a saber quién era yo.

Espero que el ángel que tuve en la guerra se lo ocultara, porque yo tuve suerte, mucha suerte. Fueron cinco veces las que fui detenida. Mi pobre madre vivía en continuo sobresalto.

Recordarás que hicieron una llamada en el Metro para confeccionar ropas «para los hombres camaradas que estaban en el frente». Las que estábamos perseguidas no sabíamos qué hacer ni cómo acertar. A mí llegaron varias compañeras de trabajo que no tenían «nada» que temer y me dijeron:

—Debes ir; mira que si no vas lo van a tomar a mal.

Aquellos días había habido bombardeo en la zona de Cuatro Caminos. Alguien decía que las más llamadas a quedarse cuando caían las bombas habían sido las primeras en esconderse. Esto lo estaba escuchando yo.

Cuando llegué al recinto donde había que exponer las

causas por las que se convocaba aquella reunión, una «camarada» de las dirigentes dio un toque de atención y dijo:

—Camaradas, en este momento se encuentra entre nosotras una persona indeseable.

Yo, como todas, buscaba a esa persona, compadeciéndola de antemano, hasta que me di cuenta de que todas se fijaban en mí. En mi vida he pasado más miedo y más coraje rabioso. Era un miedo que me hacía temblar de indignación. ¡Me habían llevado allí para insultarme! ¡Estaba en una calle sin salida!…

Me puse en pie. Entonces la camarada «dirigente», poseída de su pobre papel y señalándome con el dedo dijo:

—Mirad, esa mujer es una «fascista» que nos va desacreditando. Dice que cuando caen las bombas somos las dirigentes las primeras que corremos a resguardamos.

Llegaron los insultos, las amenazas, y ya, por último, daban algunos gritos de «¡Fuera! ¡Que se vaya!»… Pero en medio de tal bullicio unos recios golpes se oyeron sobre la mesa, reclamando silencio. Una de las tres dirigentes, la más «responsable», dijo dirigiéndose a mí, con una sola frase cortante:

—Camarada, ¿es verdad esto?

—¡No!, y me da igual que lo creas o no. Como ves, soy una fiera acorralada; pero, como tú, tengo un hijo, y sólo tú puedes saber cómo se jura por los hijos. Pues bien, yo «juro» por mi niño que yo no hice tal comentario; lo he oído decir, pero la persona que lo dijo no está aquí y, por tanto, no puede defenderse. Yo no sé la idea que vosotras tenéis de estas cosas, pero las «fascistas» como yo somos así.

Chica, según iba hablando yo sola me iba enardeciendo. Se levantó un rumor… Entonces otro golpeteo más fuerte y seco hizo enmudecer a todas. No cabe duda, aquella mujer era humana y enérgica. Cuando se hizo el silencio dijo:

—Dejadla, ha de defenderse. Así, que hable —al ver mi sofoco agregó—: ¡Dadla agua!

La «camarada» que tenía ella a la derecha, la de las acusaciones, explicó que si yo hablaba, ella dimitía.

A lo que le contestó su amiga:

—Deja que hable, y si no te gusta lo que dice dimites.

—Nada tengo que alegar a lo que ya expuse. No sé de política, y de la guerra nada más que el dolor de los seres queridos que han de caer en esta dolorosa lucha. Y si el ser «fascista» consiste en tener vergüenza, en tener dignidad, en creer en Dios y llamarme con orgullo católica, entonces yo me reconozco la primera «fascista» del mundo.

Y me senté, como si hubiera hecho el mayor esfuerzo de mi vida.

Todo estaba en silencio. Aquella mujer se quedó perpleja, mirándome. Sin contestar nada, dio sobre la mesa un fuerte golpe, dando por terminado el asunto, y siguió diciendo que no era aquello lo que se había ido a tratar ni a discutir allí, que si los hombres del frente, etcétera. Yo no podría decirte nada de cuanto allí se acordó; sólo sé decirte que a la salida me esperaban bastantes compañeras para felicitarme de lo que ellas llamaban *valor*. También vino hacia mí la «camarada acusona»; solamente para que todas la oyeran, dijo:

—Vengo a decirte que no te quiero mal, que si alguna vez te detienen no receles de mí.

Me callé, pero a los seis días de esta reunión me detuvieron en la estación de Alvarado, donde prestaba servicio.

Bajaron a la cabina del jefe, al que hicieron pedir revelo, porque, según decían, había de hacer algunas declaraciones. Esto era lo que decían siempre. La dije a mi compañera que avisara a mi madre, que, por caridad, la consolara. De dar parte en el Metro tenían la obligación los jefes de estación donde el caso sucediera.

Aparte de aquellas ideas de locura, incomprensibles, falta de sensatez y deseo del mal, había compañeras que aun compartiendo cuanto sucedía no eran sanguinarias ni violentas y deseaban que la guerra terminase. Por esto, entre las compañeras no hubo, llamémoslo así, más desgracias.

Sabemos todos que en la parte «alta» había un hombre bueno, de gran corazón, que supo ser, para bien de todos los bandos, un gran diplomático. Este hombre, que aún vive, que

es y será bueno siempre, era como el pastor que cuida de sus ovejas. Cuando tenía alguna en peligro mandaba al perrillo para recogerla. Su diplomacia salvó muchos casos. Otros no se pudieron salvar, pero él hizo mucho por todos antes y ahora. Claro es que todas las causas y todas las cosas tienen un límite, y él no podía trasponer ciertos límites sin perjudicarse o caer en sospecha.

Cuando me llevaron de la estación dos elementos de la CNT me hicieron subir a un coche «celular», de esos que llevan a los presos. No podría describirte el miedo que llevaba. Me imaginaba el final. Ya no vería más a mis seres queridos. Esto pensaba cuando miré a los que iban conmigo, un matrimonio anciano, dos chicas como yo y tres mozalbetes de quince a veinte años. A excepción de uno de los muchachos, todos íbamos blancos de miedo. Mirábamos por las rendijas del coche, ávidos de ver si conocíamos por donde pasábamos.

El chico más decidido dijo a los milicianos que con largas pistolas al cinto nos custodiaban:

—Oiga, ¿dónde nos llevan? No nos darán el «paseo» sin juzgamos, ¿verdad?

No sé por qué casualidad del Destino estos milicianos, que siempre iban por parejas, parecía que uno tuviera mejores sentimientos que el otro. El más cruel contestó:

—Claro, así, de jovencitos, se corta la mala hierba.

Pero no había terminado aún su criminal contestación cuando el otro miliciano, ante la mirada de terror de todos, dijo:

—No se alarmen. Nosotros los traemos aquí, al palacio de Fernando el Sexto —y diciendo esto añadió—: Señores, ya hemos llegado.

Abrió la puerta y ayudó a bajar a los viejitos.

Nos subieron a un piso y entregaron a otros como ellos todos nuestros papeles o fichas y nos distribuyeron en varias habitaciones. A mí me tocó la habitación de los viejecitos, sola con ellos; parecía ser que íbamos a pasar allí la noche. No nos dieron de cenar y en un banco, sentados, dormitábamos. De cuando en cuando yo les preguntaba cómo

se encontraban, por el egoísmo de que ellos me hablaran a mí, porque en medio de mi tormento me encontraba amparada en su vejez.

Fue horrible aquella noche. De madrugada empezó *aquello* a moverse. Me llamaron y me dijeron que iba a ser juzgada, para lo que me hicieron subir a otro coche. Yo me dije: «Esta gente no me dio de cenar anoche porque no me va a hacer falta».

Así pensaba yo cuando me subieron al coche. Iba yo sola con el miliciano «bueno» del día anterior. Entonces le pregunté:

—¿Es ahora cuando…?

—No, no, señorita, no tenga miedo. Yo la voy a dejar aquí sana y salva.

Viendo que *respiraba* y que era tratable me atreví a rogarle que avisara a mi madre para que supiera dónde estaba. Él no me prometió nada, pero apuntó las señas.

Me bajaron en un garaje de la calle de Serrano. Abrieron unas puertas muy grandes de hierro, que para cerrar atravesaron con una gruesa barra. El piso, sin baldosas, era tierra negra y sucia. Allí me dejaron, sin ver ni saber, en una nave tan grande, dónde dirigir mis pasos. Poco a poco me fui haciendo a la tenue claridad que entraba del fondo de un tragaluz cuadrado. Sin distinguir bien todavía, vi una cosa que se agitaba en el fondo. Me fui acercando, picada de curiosidad, con recelo y miedo, y al acercarme vi que era un ser humano.

Estaba encogidita. Era una mujer, mejor dicho, era una santa mujer, porque, según me contó, era monja.

Al verme expresó tal alegría que no pude menos que mirar para atrás, para ver si detrás de mí venía algo que motivara tal júbilo. Su exclamación, con el rosario en la mano, fue ésta:

—¡Gracias, Virgen mía!

Dirigiéndose a mí con gozo, me decía:

—Sabe, le estaba pidiendo a la Virgen me mandara compañía.

Me dejó suspensa esta exclamación, pero sonriendo y ya

casi alegre la dije:

—Gracias, hermana, por la parte que me toca; y, como es natural, tendré también que darle gracias a la Virgen por haberme elegido para darle amparo a usted.

Se sonrió la pobre y me dijo unas palabras de disculpa. Estaba tan sola… Era aquello tan grande…, tan frío…

Me contó que la habían descubierto en la cola de las naranjas…, que como no tenía pelo…

Pero hermana, ¿tiene usted naranjas?… Yo me muero de necesidad.

Empecé a comer naranjas como si fuera el mejor manjar del mundo. Teníamos seis kilos para distraernos, porque *eso* y rezar era lo único que allí se podía hacer.

Aquella monjita bendecía al Cielo por mi llegada. Se agarró a mi brazo con mezcla de superstición religiosa; por eso, cuando me preguntaba: «¿Qué harán con nosotras?», mi respuesta fue: «¡Esperemos que la Virgen nos proteja! ¡No olvide que tenemos su recomendación!».

Era más de media tarde cuando abrieron aquella grandísima puerta. Según íbamos saliendo nos iba cegando la luz del día. Al dirigirnos a la puerta de donde éramos llamadas había varias personas viéndonos salir. Se conoce que era la hora de costumbre, y ¡oh sorpresa!, allí, entre toda la gente, estaba la criadita de doña Nati. Me dio con disimulo un envoltorio y me dijo:

—Un primo suyo irá a sacarla.

No sabíamos dónde íbamos a parar y ya me hablaban de sacarme. Esto me dio alegría y optimismo. Se lo comuniqué a la monjita, que se alegró. Nos repartimos el paquete, que era, sin duda, pan con filetes de caballo, pero que nos supo a ternera de la más tierna y exquisita.

Se detuvo el coche en la ronda de Atocha, en los Salesianos. Entrábamos en una de las innumerables *checas* que tuvo Madrid.

No puedo, querida, explicarte si fue la fe o la esperanza que me había dado Florita, la criada *valiente* de doña Nati… El caso es que entré allí alegre, sin miedo… La monjita sí llevaba pánico. No por la muerte, que no le asustaba; más

bien por lo que pudieran hacer con ella, ya que sé daban muchos casos; la mayoría, en que antes de asesinarlas las martirizaban precisamente en lo que ellas más estiman…, en la pureza y la castidad. He oído contar casos… A una monjita, antes de asesinarla, con un tenedor la pinchaban… y se lo clavaban… ya puedes figurarte dónde. A otras las violaron, ¡y de qué manera!… ¡Había cada salvaje!…

—Sí, he oído decir que habían abierto las puertas de las cárceles para que todos los indeseables que en ellas había gozaran *libertad* —interrumpió Angelina, que también había oído sonar las campanas… y no de gloria.

Celi continuó su relato:

—Sí, era una *hazaña* de las muchas que hizo cierto individuo que se llamaba así, o bien de sus compinches en el zafarrancho. La cuestión es que entre unos y otros nos hicieron la pascua. Y como te decía, yo animaba a la monjita y le decía:

—Vamos, hermana, ¡que nos protege la Virgen!

Llegadas allí, nos registraron unas milicianas y nos hicieron pasar a una gran nave que, según dijeron, era la iglesia. En el fondo, un grupo de *detenidas* cantaba a coro el «Ave María» de Schubert. La entrada fue algo espectacular. Sin embargo, me llenó de gran emoción aquel lugar. Al menos ya no estábamos solas.

En seguida nos ofrecieron un sitio. La monjita, a pesar de su miedo, no quería separarse de mí y no cesaba de repetir:

—¡Qué buena, qué buena es usted!

Por ella solicité que nos dejaran juntas, si podía ser. Me ofrecieron particularmente ciertas *comodidades*… Unos trozos de colchón, pero los rechacé para no separarme de *mi monjita*. Ahora pienso a veces en ella y me pregunto: «¿Qué sería de aquella alma de Dios?… ¿Se salvaría de la *guillotina*?, o, por el contrario, se la *cargarían* ignominiosamente, martirizándola como ella temía?»… Siempre que me acuerdo de la *checa*, inevitablemente, me acuerdo de la monjita y de todo aquello.

Un poco más tranquila, miré a mi alrededor. Me extrañó aquel abigarrado conjunto de mujeres y la separación que

había de algún grupo… Algo así como las *castas* de la India y los intocables… Como te decía, había un grupo de mujeres cuya mezcolanza dejaba traslucir que eran de vida *libre*. Las había españolas y extranjeras. Según nos explicaron, eran *fieles* a la *causa*. También Dios, que nos cría, *nos junta* en ciertas ocasiones en las que parece ser que, siendo causa común, las distancias son menos. No obstante, ellas mismas seleccionaban su *moral*, aunque sentían igual que las grandes señoras del otro extremo y lloraban juntas la desgracia de la que le tocara en *suerte* ser fusilada. También las mujeres extraviadas tienen su almita en el armario y saben sentir y llorar cuando hay motivo, como otro ser cualquiera. Al fin y al cabo todos nacimos igual: desnudos.

La noche era temida por todas aquellas gentes, grandes y chicas, que, piadosas, pedían unas por otras. Al notar ese ambiente de dolor quise alegrarlo un poco y levantar los ánimos, poniéndome en pie y en medio de todas grité con todas mis fuerzas, con un deseo loco de imponerme yo misma a aquel espanto:

—¿Hay aquí alguna que sepa y quiera cantar y bailar conmigo?…

Varias se pusieron en pie, gozosas de poder desechar las pesadillas que embargaban su espíritu y embotaban sus mentes torturadas. Me corearon algunas. Otras, dispuestas a la danza, empezaron a cantar y bailar al son de:

«Me dejaron mis padres de herencia,
además de la luna y el sol,
esta falda *cuaja de lunares*
y un palmito…».

Había mucha gente joven e imperaba la *raza*. Por esto no podía fallar la alegría… Estuvimos toda la noche así. De este modo desconcertábamos a los de la… para que no pudiera saberse hasta dónde llegaba nuestro miedo.

De cuando en cuando llegaba hasta nosotras el ruido incesante del cañoneo, tan fuerte y cerca, que hacía estremecer las vidrieras de colores que quedaban en pie. La fusilería no se callaba ni un momento, cada vez más clara y

más cerca.

Celi, haciendo una pausa en su narración, aprovechó para tomar un sorbo de café, que ya dejaba de humear. Angelina, atenta y cada vez más interesada en el relato, le dijo:

—No pares; prosigue, que está muy interesante. Parece una película de suspense.

Celi prosiguió:

—¡Y tan de suspense!... ¡Hay que vivirlo para saberlo! Pues sí... Éramos más de cien mujeres. No quieras saber las dificultades que teníamos para poder practicar un poquito la *higiene*. Había un patio pequeñísimo y allí teníamos que salir para, en una boca de riego, asearnos todas. Esto resultaba poco menos que imposible, porque daban muy poco tiempo y éramos muchas; pero si se quedaba algún número sin cubrir esta necesidad, al día siguiente eran éstas las primeras que empezaban el *aseo*.

Gracias a la buena organización que teníamos, conseguida por práctica..., ensayábamos como si fuéramos a representar una comedia, puede decirse que pocas veces dejábamos de conseguir *tocar* todas el agua. Después nos peinábamos dentro, y si teníamos mojado el pañuelo continuábamos nuestra *toilette* entre chanzas y jolgorios. Como es natural, esto lo organizaba una señora que merecía todo nuestro respeto.

Este ajuste en la organización de cuanto en la desgracia existe hacía que en la distracción por vencer las penas éstas se hicieran más llevaderas.

A los milicianos de guardia les indignaba esta calma y en todas se notaba cierta satisfacción de que ellos se irritaran de no vernos sufrir.

—El miedo no evita el golpe —decía una señora que a todo le ponía motes o aplicaba algún refrán.

Los días transcurrían lentos y pesados. Los rezos... la rutina diaria. Los partes de guerra que se *sabían*, no se sabía cómo, pero se sabían... En fin, procurábamos dormir de día para empezar las distracciones por la noche. Yo me tumbaba boca arriba, con los brazos entrelazados por la nuca, y reflexionaba... pensando que llevaba quince días y el *famoso*

primito no había llegado.

En esto el ruido de los cañones y el de la aviación se hizo ensordecedor. Por espacio de una hora nos cobijamos unas con otras, porque aquello parecía el fin del mundo. Nos embargaba a todas un verdadero pánico, mas en medio de este infernal ruido nos llamó la atención que de repente se enmudeciera todo y siguiera la calma. Este detalle fue tan notable que tanto daño nos hizo el repentino silencio como nos había herido el ruido.

Esto me hacía comprender que hay una *paz* que se *escribe* y se *vive* de muchas maneras, pero, según el poeta que describió aquella verdad, nosotros, maltrechos y doloridos, si Dios quería, también tendríamos «nuestra paz», ganada con el anhelo de haberle sido fieles aunque estuviéramos sumergidos en los pecados de tantos horrores. Mi mente quedó suspendida en aquella verdad, suponiendo nos traería la paz tan deseada.

LA ÚNICA VERDAD

Ruge el cañón allá lejos…,
le hacen compás los fusiles…
El alma recoge ecos infantiles
recordando nuestros viejos…
La guerra, con su dolor, nos espanta.
Su odio nos envuelve lentamente,
donde sólo nos rodea la muerte,
la única fatal que *canta*.

Volverá la paz, según la suerte…
El campo florecerá entre penas
y olvidaremos que segó la muerte
almas que se odiaron y eran *buenas*.

Aquel día no salimos al patio, en represalia. Fue como un castigo por el azote de los cañones. Por la tarde se llevaron a cuatro señoritas extranjeras. Alguien rumoreó que las reclamaba su Embajada. Nosotras, no obstante, elevamos una plegaria por su suerte.

El día dieciséis fue movidito de emociones para todas y

para mí en particular. Salimos al patio, y cuando estábamos enfrascadas en aprovechar lo más posible nuestra *tarea* de *aseo*, vimos que por una escalera que daba acceso a otro patio donde estaban las *jaulas* de las *checas* dos milicianos hacían bajar a empellones a un pobre señor inválido. El pobre se caía y levantaba con doloroso trabajo. Cuando le veían en pie le empujaban nuevamente.

Sonó una protesta unánime y atronadora. No nos atemorizó ni las carabinas que nos apuntaban ni los refuerzos que acudieron por obra de una orden que se dio. Fue un motín de mujeres llenas de coraje y rebeldía. ¡Cómo nos verían!, que no se opusieron a que recogieran al detenido dos de las nuestras, que lo llevaron con los demás presos que estaban en los sótanos, pues entre los sótanos y las *checas* habían tantos como éramos nosotras.

Parece ser que el maltratado había dado una bofetada a aquel bruto porque no había respetado a su madre valiéndose del terreno que pisaba.

Quedamos todas con los ánimos descompuestos. Se oían llantos…, lamentaciones… Flaqueaba el valor…, la fuerza de voluntad. Me dirigí a la organizadora de todo lo *nuestro* y le dije:

—Vamos a orar; yo les guiaré en esta súplica.

La señora batió unas palmadas y todas, a una sola voz, me siguieron con alma y fe. Eso sí, la fe era a toda prueba y la teníamos. ¡Vaya si la teníamos! ¡Hasta para improvisar!

(Tiempo marxista)

ORACIÓN

¡Señor! ¡Señor!…
En el delirio de esta amargura
queremos con un ruego al suplicar
alcanzar de tu Verdad y tu Cordura
envíes a nuestro espíritu la paz.

Mitíganos el dolor…
Tú, Señor, que tanto puedes,
puedes darnos el *amor*

de tantos bienes profundos…
trocándonos en laureles
el odio que cruza los mundos…

¡Te lo rogamos, Señor!
Quítanos ya la tortura
de tanta ambición malsana…
¡Cese ya tanta amargura!…
¡Levántanos esta prueba!…
¡Danos la *paz* de mañana!
Y que termine
esta guerra tan cruel,
dura y profana.
Que no se acabe la fe,
la de tu doctrina buena,
por la que nos das tu bien
y consuelo a nuestras penas.

Nuestro deseo profundo
al hacerte esta oración
es pedirla por el mundo…
Y al llegar la reacción
de tu clemencia…, tus ojos
verán tu pueblo de hinojos
suplicando tu perdón.

Llorábamos al terminar la oración, pero quedamos más confortadas con ella. Me dirigía a mi sitio, cuando por aquella amplia nave resonó mi nombre. Me llamaban. Fui, algo con temor, y me pasaron a una habitación donde había un individuo sentado ante una mesa de despacho. Dirigiéndose a mí dijo:

—¿Conoce a este camarada?…

Recordé la advertencia de Florita y, tocada como de un impulso me acerqué a aquel señor que estaba en pie ante el otro y le dije:

—Hola, primo. ¿Cómo estás? ¿Cómo están mi madre y mi niño?…

—Están bien, no te preocupes. Venía a sacarte de aquí, pero éstos me piden quinientas pesetas en dinero y quinientas

pesetas en papel del Estado. No les bastan los avales y garantías que les traigo; así, que voy a casa a buscar ese dinero. Lo mandaré o volveré dentro de dos días, estate tranquila.

Tuve el valor de darle un beso de despedida… y tan despedida, ¡porque no lo he vuelto a ver en mi vida!

Mi despedida fue «apoteósica». Unas, casi me envidiaban y decían:

—¡Qué suerte poder salir!

Las más se alegraban. Me llovieron las advertencias…, los ruegos para que orientara a las familias. Les pedí me apuntaran las señas de cada familia en pequeños pedacitos de papel y los até a la punta del pañuelo. Al hacerme el registro pude escamotear los papelitos dejando el nudo en la palma de la mano y lanzando el resto al viento para demostrar que no tenía nada.

Y así, querida Angelina, puedo decirte con satisfacción que pude llevar a varios hogares el consuelo de saber que sus hijas, madre o hermanas estaban bien *hasta la fecha*.

Te cuento esto a grandes rasgos porque la guerra, los que tuvimos la desgracia de vivirla, solamente queremos olvidarla.

Angelina tomó el poquito café que la quedaba. Tan embelesada estaba escuchando, que la sirvió de refresco. Se desperezó y dijo a su amiga, mirando su pequeño reloj de pulsera:

—¡Las diez! ¡Chiquilla, cómo se pasa el tiempo!

—Yo no tengo hoy prisa. Seguro que Luisín y la abuela se han ido al cine. En esta cuestión les dejé cuando fui para el servicio. Así que me tocará a mí poner y preparar la cena.

Pagó Angelina, como prometió; salieron a la calle y no pudieron evitar un pequeño escalofrío. Refrescaba ya por las tardes. Siguieron con paso lento hacia sus casas y Angelina preguntó:

—¿Vas mañana a visitar a tu esposo?

—Sí, mañana libre iré. ¡Si vieras cómo sufro! ¡Ver así a un hombre magnífico, tan varonil, tan bueno!… Un hombre que las chicas, cuando iba de mi brazo, se volvían para mirarle…

Verle ahora consumido…, encogida su hombría en un agotamiento que lo merma. ¡Mi pobre Luis! ¡Daría mi vida por él! ¡Tú no sabes qué amargo es este tormento! Porque tú sufres el dolor de un desengaño, pero yo… ¡Dios mío! ¡Cuántos desengaños hubiera soportado con tal de verlo como lo conocí!

—Mira, mira; deja eso, que tú no sabes lo que es bueno. Tu esposo era bueno y por eso acabó así… Ese pobre hombre no podía darte desengaño alguno. Pero si hubiera estado en sus cabales…

—Es que tú no sabes cuánto sufro al verlo.

Y evocaba la figura de aquel hombre que veía de cuando en cuando y sufría su alma de mujer tan dolorosa amargura, que las lágrimas brotaban solas, sin congoja ni esfuerzo. Ella no había podido acostumbrarse a aquel calvario.

Llegaron a casa de Celi las dos compañeras y amigas, se besaron en el portal y ésta despidió a Angelina con un ademán:

—Hasta mañana, preciosa. Por la tarde me acercaré un rato para veros y saber de tu esposo.

Celi subió la escalera sin apresuramiento. ¿Para qué? Nadie la esperaba hoy. Así que llegó al piso, se cambió de ropa, preparó la cena y puso la mesa. Viendo que sus «amorcitos», como ella les llamaba, no llegaban, tomó un bocado y se acostó, con una novela de doña Concha Espina.

Le gustaba leer en la cama hasta que el sueño le hacía cerrar el libro. Hoy tendría que resistir esperando, porque no se podría dormir sin recibir la caricia de su viejita y de su hijito.

Por fin llegaron, comentando la película que habían visto. Fueron a darle un beso. La madre, cariñosa como siempre, y el hijo con las mismas o parecidas palabras: «¡Que descanses, hijita! ¡Hasta mañana, mamita, que descanses!».

Eran dos discos cuya música era lo único que la alegraba. Se quedó pensando en que la frase era siempre igual, siempre la misma…, pero con qué ansiedad la sentía sobre su corazón. Con este pensamiento se quedó dormida. Los seres queridos se fueron borrando y ella se desvaneció del exterior

de la vida, sumiéndose en el interior de lo desconocido… En los sueños aquellos que nunca vivió.

* * *

Cuando despertó, el sol radiante quería penetrar por los resquicios de la ventana cerrada. No soñó el despertador. La madre, que hacía rato ya trajinaba por la casa, no quiso molestar su sueño. Era tan penoso madrugar todos los días…

Abrió la ventana, se desperezó y llamó a su madre. La buena señora acudió presurosa y dijo:

—Hija, no te quise llamar porque… ¡dormías tan bien!… —y le dio un beso, añadiendo—: ¿Quieres que te traiga el desayuno?

—No, mamá, voy a levantarme. Quiero ir pronto a ver a Luis.

Se arregló con esmero. Tenía la coquetería de ir bien arreglada cuando iba a ver a su esposo, a fin de no desmerecer. Bien es verdad que él carecía de sentido para apreciarlo, pero ella se revestía siempre de estos locos anhelos.

Y es que, en secreto, en lo más íntimo de su ser ella vivía estos deleites que encerraban en su interior la ilusión de un grato pasado. Lo vivió poco tiempo, pero al fin lo había vivido. De esta manera lo evocaba en su recuerdo… Mientras él tuviera vida estos recuerdos le alentaban y le hacían concebir una esperanza.

Preparó el envoltorio de caprichos y golosinas qué siempre le llevaba y que él recibía unas veces con regocijo infantil, otras sin apenas apercibirse… De igual manera hacía el pobre con ella. Cuando esto ocurría volvía a casa con una pena descorazonadora. Sabía que no era él, que no sería nunca jamás él; pero cuando había demostraciones de reconocimiento infantil éstas le dejaban satisfecha, aunque él la reconociera no como esposa, sólo él sabía cómo, pero al fin y al cabo la reconocía con sonora alegría infantil.

Desayunó y preguntó a su madre:

—¿Y Luisín, se fue a la oficina?… ¿Le abrigaste bien?

—Sí, mujer, no te preocupes, estate tranquila. Tu hijo ya no necesita de nuestros cuidados, sabe cuidarse solo.

—Bueno, mamá, me voy; quiero venir pronto para que comamos juntos.

—Adiós, hija mía, cuídate.

La madre sabía la prueba que en forma de paquete llevaba su hija. Ella la miraba a su regreso y sabía… Las madres lo saben todo.

Celi subió a un autobús que la dejaba a gran distancia del sanatorio. Tenía que pasar una colonia de preciosos hotelitos que ella había visto construir en tantas idas y tantas vueltas. Veía avanzar las obras de aquella pequeñísima colonia que ahora era ya gigantesca.

Ya divisaba el sanatorio. Tenía la entrada un precioso jardín. Todavía quedaban algunas flores sin marchitarse, como resistiéndose a dejar su belleza y su perfume.

El ordenanza que la vio llegar la dijo:

—Espere usted, señora, al director; quiere hablarle.

Y la pasó a una salita lujosa y confortable. Mil ideas galopaban por su mente. ¿Qué pasaría? ¡Dios mío!… Y pedía a Dios calma.

Estaba ensimismada en una oración, porque la hería el pensar…, cuando se abrió la puerta de aquella estancia. Con las manos extendidas se presentó el director, al cual ya conocía.

—Señora, si usted no hubiera venido hoy la hubiera hecho venir, porque el caso requiere urgencia.

—Pero ¿qué pasa, señor director? ¿Le sucede algo a mi esposo?

—Verá…, —se veía a todas luces que la imaginación de este gran hombre trabajaba para decir lo que tenía que soltar sin hacer gran daño. Se había dado cuenta de la tragedia que guardaba el alma de aquella mujer que amaba en el «guiñapo» de «ser» que él cuidaba el símbolo de su amor, amor que ella alimentaba con falsas ilusiones; por esto le dijo con cariñosa bondad—: Hay que operar a su esposo de estómago, con urgencia; el caso lo requiere así.

—Yo no sabía que tuviera ese mal. ¿Qué ha pasado?

—Mire, señora mía, estos enfermos no son como los demás «normales». A veces descubrimos con facilidad sus males, otras no los descubrimos hasta llegar a ser sorprendidos e incluso por la muerte.

—Pero mi esposo… ¿está grave?

—Sí; es una úlcera que va muy avanzada y le pilla muy agotado porque últimamente se negaba a comer.

—¿Usted cree que debe avisarse a sus hermanos?

—Ya los he avisado yo; el caso lo requiere. Quise evitarle a usted este paso.

—¿Puedo verle? Le traigo algunas golosinas…

—Si usted me hiciera el favor, no. Bueno, puede verlo, pero sin que él se aperciba. Desde lejos… no se daría cuenta, mas conviene evitar cualquier sobresalto. ¿Me comprende? Venga por aquí, ésta es la enfermería.

Siguió al director como un autómata. ¡Qué raro, no podía llorar! ¿Sería que ya no tenía lágrimas?

Había una celosía de cristales; por ella la hizo asomar. En una cama, a lo lejos, estaba su esposo tumbado, inerte, como si no tuviera vida… Un enfermero le dio las golosinas que ella le llevara; las miró un gran rato y las retiró con indiferente abandono. El enfermero quiso hacerle tomar el contenido de un vaso, que él bebió de un sorbo, con avidez.

Celi interrogó al director con la mirada, y le contestó:

—Es un preparado especial: él se ha dado cuenta de que esto le calma y por eso lo toma, pero el alimento hemos de ponérselo en inyecciones.

La retiró de allí suavemente y la dijo:

—Nada puede usted hacer aquí ya. Si hay alguna novedad ya la avisaremos.

La acompañó hasta la puerta y dándole una cariñosa palmadita en la espalda la dijo:

—¡Valor, señora! Ya ve que lo tuvo muy grande hasta aquí.

Maquinalmente echó a andar. Al trasponer la verja del jardín y volver a mirar lo que dejaba atrás un sollozo subió a su garganta y las lágrimas bienhechoras rodaron por sus mejillas como bálsamo para aquella nueva herida que la

sorprendía sin ninguna esperanza. ¡Porque algo la decía que no había remedio!…

No sabría cómo llegó a su pisito de la calle de Esparteros. Tropezaba con la gente al pasar. Su madre comprendió en seguida que algo «grave» pasaba. Sin llegar a preguntar, la hija contestó:

—¡Está muy malito, madre!

Y rompió a llorar en un desgarrador sollozo, preludio del llanto contenido.

Llegó el hijo y la abuela le hizo una seña para que atendiera a su madre. Luisito la abrazó y la dijo con ansia de consolar el dolor de la mártir:

—¿Qué tienes, madrecita? ¿Por qué te empeñas en sufrir por lo que ya no tiene remedio?, —y se refería a la cruz conocida, al dolor vivido de siempre.

—No, hijo, no; ahora es que se nos va para siempre.

El chiquillo quedó envarado por el dolor, pero era un hombre y tenía que imponerse a lo inevitable.

—Bien, mamita. Si Dios lo dispone, no hay más remedio que acatar su voluntad —se secó una lágrima que se le escurría acusadora de su flaqueza—. Vamos, imponte a ti misma y reza por él. Ahora vente a la mesa. La vida sigue…, sólo Dios, sólo Él es el que dispone… Yo me iré al sanatorio cuando coma y te tendré al corriente de todo, te lo prometo —y como viera un gesto de protesta en la madre, dijo con enérgico ademán—: ¡Soy su hijo!, ¿no? Pues como tal estaré en mi puesto.

Fue a por su abuela, que silenciosamente lloraba en la cocina:

—Vamos, viejita mía, vamos a la mesa.

Como es natural, no hubo tal comida, pero se guardó el respeto a que se imponía el «nuevo» hombre que nacía en aquel hijo en el momento preciso de la desgracia.

* * *

Han pasado seis meses desde los últimos acontecimientos. Celi, en su taquilla, sigue despachando billetes, impasible ya

a los recuerdos; vive el rápido desenlace de su trágica vida, que materialmente nada ha cambiado.

Él, el esposo respetado y querido terminó pronto, se «fue» sin llegar a ser operado. Un colapso les evitó a todos muchas torturas. Dios puso un final tranquilo en aquel ser desafortunado.

Hoy que corre el tiempo se da cuenta esta pobre mujer de qué sola está. Bueno, ahora ha visto que está más acompañada, porque tiene un hijo que ha demostrado ser un hombre.

Por esto da vueltas y más vueltas a una carta que la dio la portera al venir para el servicio. Es de don Roberto. La tiene nerviosa, con un desasosiego que no puede comprender. ¿Cómo ha de contestar? ¿Y si no contesta?

Él la dice: «Llegaré para saber…». En fin, consultará con su viejita, ella la orientará bien en sus dudas.

Tiene un hijo mayor, vuelve su imaginación a luchar, pero perderle a él, que fue el amparo de toda su vida desesperada…, porque, claro, se enfadaría… No, no. Ella tiene que buscar una solución, un arreglo. ¿Cómo le sentaría a su hijo? ¿Tiene ella derecho a ponerle otro padre? En un grito su conciencia le dice: «¿Acaso no lo fue ya, sin intereses?». Y porque ella no lo consintió, pero el deseo de aquel hombre bueno era darle mayores estudios. Ella bien recuerda las luchas que tuvo que sostener con él.

No sabe cómo ha trabajado, porque al hacer la cuenta la faltan nueve pesetas; las pone de su bolsillo. Entrega el saco al jefe y se viste y guarda sus «cosas» del trabajo con premura.

Está deseando llegar a su casa para leer a su madre aquella carta.

Son sólo seis meses y todo ha cambiado en aquella casa. Y es que a la pena perenne que descorazonaba ha sucedido el descanso. La madre ya no mira la cara de ansiedad de su hija. Sabe la buena señora que a este final ha de sobreponerse la vida. Su hija es muy joven todavía y el alegre locuelo de su nieto aún ha de llenar su vida de satisfacciones. Y ¡quién sabe!… Si su Luis se casa pronto… Todavía puede tener un

Luisillo pequeño en los brazos… «¡Qué barbaridad!», piensa la buena señora, moviendo la cabeza con una sonrisa que va pareja con sus pensamientos, mientras se dirige a la puerta, porque oye los pasos de su Celi.

Entra Celi en su casa y da un beso *maquinalmente* a su madre. Después la enseña la carta y le dice:

—Mira, es de don Roberto.

—¿Sí? Y ¿qué quiere ese buen señor? ¡Ahora ya no tiene que hacer nada por nosotros!

—Ven, que te voy a leer la carta.

Entran las dos en su cuarto, se sienta Celi en la cama y su madre en la calzadora. Saca el sobre del bolsillo y de él un pliego blanco que, extendiéndolo, empieza a leer…

Tan embebidas están que no se dan cuenta de que el «mozalbete», que ya tiene *llave* de la puerta, ha entrado juguetón para sorprenderlas y gastarles una broma, como de costumbre, está allí, escuchando aquella carta involuntariamente, pero la escucha… No sabe qué secreto instinto le hace escuchar con ansiedad y queda impaciente esperando el final de la lectura.

> «Querida Celi; querida, sí, porque siempre fue para mí algo muy querido y amado.
>
> »Le extrañará…, después de tanto tiempo… No me parece pronto ni tarde para tomarme la confianza de escribirle en estos términos. He tenido que hacerlo cuando Dios ha querido…
>
> »Solamente me preocupa su hijo; pero usted me enseñó a quererle desde que era muy pequeño y sería un golpe muy duro para mí que él no me quisiera. No obstante, mi súplica es ésta: ¿quiere usted ser mi esposa?… Pronto iré a verla para saber su opinión…
>
> »Con un saludo muy cariñoso a su madre (esta gran señora sé que me quiere, me lo dijo en cierta ocasión), se despide con deseo de gratas venturas y verla pronto su afectísimo, incondicional enamorado,
>
> Roberto».

—¿Qué me dices a esto, madre? —añadió Celi, esperando la contestación y consejo de su madre.

Mas no pudo terminar la frase, porque «Luisillo», con los

ojos radiantes de alegría, exclamó, abrazándola con loco alborozo:

—Pero, mamita… ¡Ese hombre es estupendo!…

* * *

Así le contestó ella también cuando días más tarde él la esperaba a la salida de su turno de trabajo. Y no pudiendo sujetar la paciencia que le dominaba, la espetó sin vacilaciones:

—¿Qué contesta, querida, a mi petición?…

Y ella, con sencillez, ofreciéndole el tuteo espontaneo, sin dudas, explayando sus sentimientos, dando rienda suelta a su alma buena, contestó:

—¿Qué te voy a contestar, Roberto, si mi hijo dice que eres *estupendo*?

Se fueron derechos a casa de Celi. Al llegar al portal ella le dijo:

—¿Quiere subir?…

Y cogiéndola del brazo, cariñosamente, contestó:

—Sí. Voy a saludar a tu madre.

Entraron los dos en casa y, como de costumbre, la hija besó a su madre, haciendo él lo mismo, lleno de satisfacción de verse tan bien recibido, reclamando a su futuro hijo, que todavía no había llegado.

La abuelita, abrazándole, saltándosele las lágrimas de emoción, musitaba:

—Siempre tuviste un puesto en mi corazón, y yo sé que vais a ser muy felices, muy felices…

—¿Y cómo sabes tú tanto?… —preguntábale su hija gastándole bromas.

—Pues os lo voy a decir, ya que me lo preguntáis, aunque sea un secreto. Cuando éramos desgraciados yo me postraba ante el crucifijo y decía: «¡Señor, dame más, que más me merezco!». Cuando llegó la racha buena también me parecía que estaba en el derecho de hacer la misma petición. Y como esto es ya una costumbre, un hábito de siempre…, veréis cómo vais a ser muy felices, mucho más de lo que pensáis.

—Esto es justo —complementó Roberto, que protestaba el *don* que la abuelita le apostrofaba a cada momento—. Por Dios, señora, no me llame usted don, sino Roberto a secas, que esto nos separa un poco… Además nos quitaría la confianza que en lo sucesivo hemos de tener para convivir bajo el mismo techo.

Un chiquillo de la vecindad dejó oír los sones de su pandereta… Esto les hizo caer en la cuenta de que estaba en el mes de diciembre, próximo a la Navidad. Y Celi, enfrascada en un recuerdo que le venía a la mente al escuchar aquellos ritmos infantiles, exclamó con añoranza:

—Hace dieciséis años…, tal día como pasado mañana me dieron el uniforme y dos cuellos para prestar servicio en la estación de Sol; donde además te conocí…

Roberto recogió la frase, a pesar de que estaba embelesado mirándola, y recordando también, le dijo inmediatamente:

—Si te he de querer como te quiero…, si me queréis todos como veo, creo que no habrá inconveniente de que tal día como pasado mañana entregues esos cuellos y ese uniforme. ¿Verdad que lo harás, querida?…

Celi, obediente, cariñosa, cogió el uniforme, lo miró largamente… y en el fondo de su corazón sentía, al poner sus labios sobre su áspera tela, al mismo tiempo que se le escapaba una lágrima, que para ella había sido el *símbolo* de la redención de su cruz.

Lejos se oían los villancicos que un coro de niños cantaba, anticipando la gran fiesta de la Natividad…, preludio de la Redención…

«Belén y pastores
con cielo de espuma,
de espigas doradas
y claros de luna…».

Roberto se acercó a Celi y cariñosamente, como preludio de la felicidad infinita que esperaban, con voz entrecortada por la emoción dijo quedamente:

—¡Año nuevo, vida nueva!

Se miraron… y sólo los ojos hablaban…